

MASTIL



ESCRIBEN: *Mariano Latorre, Juana de Ibarburú, J. Eustasio Rivera,
Roberto Meza Fuentes, Ricardo A. Latcham,
Raúl Cuevas, Julio Barrenechea, Oreste Plath, Eduardo Ugarte H., Blas Daza,
Jacobó Danke, Miguel Munizaga, Orlando Torricelli, René Frías A.*

N.º
1

*Amalia Krug, Magda Bert, Fidias Sol Alvarez, Héctor
de Aravena, Humberto Mendoza, María Peralta,
Darío Espinoza, Arturo Soto T., Ignacio Estrada, Juan
Danús Augusto Santelices.*

19
29

CARÁTULA: de Guillermo Briceño.

*DIBUJOS: de Eduardo Videla O.
y Manuel Lagos.*

PRIMAVERA... COLOMBINA...

ESTÁ ahí, clara y ágil, con su sombrilla ágreste, con su cesta de júbilos, y su cuerpo en temblores, bailando un ballet ligero y libre en la pista sin fondo del paisaje.

Ahí está, clara y ágil. Palabras? Himnos? ¡Nada! Para qué...

Está ahí, tan bonita, tan desnuda, tan blanca frente al cielo impoluto, como una mujer ante el espejo. Sentirla, poseerla. Ir en puntillas, embriagarse en su abrazo, apretarle los labios en un beso. Nada más. (Y qué más?)

COLOMBINA... PRIMAVERA... Bailarina de senos constelados sembrando de flores los caminos, cantando con la voz de las campanas, sonriendo en las vertientes.

Hoy como ayer te esperan las hordas juveniles, para colgar las máscaras alegres, untarse las caras de sonrisas y romper los collares de sus comparsas ebrias al pie de los solitarios transeúntes.

Corsos. Farándulas. Disfraces.

Pierrot enamorándose de nuevo de Colombina casquivana.

Payasos. Arlequines. Nobles boyardos rusos que cargan sus cabezas altas con escupitines de astracán.

Y Colombina riéndose a torrentes de las locuras de Pierrot.

Pero ya no es bajo la luna, con su plácida faz de porcelana, a la orilla del lago de cristal. Ya no es tampoco frágil Colombina, gaviota en brazos de Arlequín.

Es... (perdón caras musas!) ...es bajo un foco horrendo, junto a unos parques férvidos. Y es Colombina esquivando tras... un nuevo Pierrot. Colombina es... robusta, y Pierrot... tanto más!

PRIMAVERA... COLOMBINA... Bayadera de sol sembrando amores.

Serpentinas. Farándulas. Disfraces.

Y por qué no un paseo de venecianas góndolas, en las ligeras barcas de los parques?

O acaso una carrera de romanas cuadrigas, a la orilla de un sonoro amanecer, con los victorias imposibles de veinte cocheros somnolientos?

Fantasia: silencio. Las nuevas juventudes son pasivas.

“ALSEN”

EL MEJOR CEMENTO PORTLAND

“Alsen Special”

Cemento Portland doble, de endurecimiento extra rápido

“MEDUSA”

Cemento blanco de calidad insuperable para estuco, baldosas, etc.

IMPORTADORES:

SAAVEDRA, BENARD & Cía. Ltda.

SOCIEDAD COMERCIAL

MERCERIA FRANCESA

LA MAS SURTIDA DE CHILE

Vende solamente artículos de primera calidad

Ducher, Bonnefoy & Cía. Ltda.

Ahumada 118

Casilla 1856

Elogio a la Reina

Bienvenida la niña. Bienvenida la niña
que aromó las mañanas con sus risas en flor.
Con tablas de ternura cercaré su campiña
para hacer en sus ojos una fiesta de amor.

Ella vino jugando con la arena de su alma
y escribía sus risas en los muros del viento.
Su vida es un paisaje de trigales en calma
por donde no han pasado los esteros del tiempo.

Bienvenida la niña leve como una fruta,
suave como la rubia tierra de primavera.
Una huella de júbilo deja sobre las rutas
la carabela blanca de sus risas viajeras.

En el pañuelo tibio de su risa delgada
yo me tiendo a mirar su soltura de espiga.
En los altos senderos de sus largas miradas
cantan himnos livianos las estrellas amigas.

Ella tiende su mástil de luz hacia los vientos
para izar cascabeles de palabras ardientes.
Mi guirnalda de cantos brota en este momento
bajo el arco infinito de su rostro ferviente.

Me enloquece el fragor de la fiesta encendida
cuando la noche suelta su comparsa de estrellas.
Humaredas lejanas de dulzura perdida
nos dejan el recuerdo infantil de sus huellas.

Regocijo de luna y alborozo obstinado
fluye desde las llamas de la hoguera divina.
Bienvenida la niña que ha subido al reinado
por la ruta de seda de una gran sepeptina.

Lo que necesita y lo que no necesita

P I D A U D.

En el Gran Emporio del **POETA** Eduardo Ugarte H.,
autor del poema de la pág. 20

*ENGULLA SIN TEMOR,
ESCUCHE SIN INQUIETUD.*

MERCADERIAS Y METAFORAS FRESCAS, DE PRIMERA MANO

Av. La Paz, entre Echeverría y Olivos

BOTICA Y DROGUERIA

“Monjitas”

Monjitas 854 - Santiago - Teléf. 88742

No se necesita ser adivino para comprender que es de primera clase, cuando sus dueños tienen relaciones comerciales y espirituales con el Director de esta Revista.

UGARTE & VARAS LTDA.

J A H A I R O

En esta herradura de dunas
ha botado su ancla la melancolía.

Las redes se han llenado
de pescados de plata.

Como ir a decírtelo
si estas tan lejos...
Si estás allá donde el mar
no canta su canción de olas.

Jahairo, las voces de estos niños
a los anillos de tu ausencia se
abrazan.

Y te reclaman como un sepulcro
su abandono.

Jahairo:
Pájaros marinos
me traen tu mensaje de emigración
en la esquila de sus alas.

O R E S T E P L A T H

Compañero, compre "MÁSTIL"
Órgano de la nueva juventud

Restaurant NATURISTA

ÚNICO EN SU GÉNERO EN CHILE

AHUMADA 135 - TELÉFONO 4122

Casa Residencial Anexa, Ahumada 129. Comida vegetariana sana y económica
Gran salón de Té y Café - Especialidad en jugos de Frutas y Zanahoria
SURTIDO COMPLETO DE FRUTAS DE LA ESTACIÓN

CASA LAMA

AHUMADA 50

 GRAN SURTIDO de artículos para las FIESTAS ESTUDIANTILES

Máscaras, antifaces, serpentinas

PRECIOS ESPECIALES PARA LOS LEGULEYOS

CASA LAMA - AHUMADA 50



La Máquina de Escribir Portatil

“URANIA-PICCOLA”

es la única que reúne un volumen
reducido con la estabilidad y fuerza
de una máquina grande.

Pida prospectos y explicaciones

FACILIDADES DE PAGO

A. Jacob y Cía.

Santiago
Puente esq. Catedral

Valparaíso
Plaza A. Pinto

P O E M A S

DE JOSÉ EUSTASIO RIVERA, (AUTOR DE LA VORÁGINE)

I

Por saciar los ardores de mi sangre liviana
y alegrar la penumbra del vetusto caney,
un indio malicioso me ha traído una indiana
de senos florecidos, que se llama Riguey.

Sueltan sus desnudeces ondas de mejorana;
siempre el rostro me oculta por atávica ley,
y al sentir mis caricias apremiantes, se afana
por clavarme las uñas de rosado carey.

Hace luna. La fuente habla del himeneo;
la indiecita solloza, presa de mi deseo,
y los hombros me muerde con salvaje crueldad.

Pobre...Ya me agasaja! Es mi lecho un andamio,
más la brisa y la noche cantan mi epitalamio
y la montaña púber huele a virginidad.

II

Atropellados por la pampa suelta
los raudos potros en febril disputa,
hacen silbar sobre la sorda ruta
los huracanes en su crin revuelta.

Atrás dejando la llanura envuelta
en polvo, alargan la cerviz enjuta,
y a su carrera retumbante y bruta
cimbran los pinos y la palma esbelta.

Ya cuando cruzan el austral peñasco,
vibra un relincho por las altas rocas;
entonces paran el triunfante casco.

Resoplan, roncós, ante el sol violento,
y alzando en grupo las cabezas locas
oyen llegar el retrasado viento.

E U T A S I O R I V E R A

Si Ud. quiere librarse de todo padecimiento intestinal tome

 **YOGHURT** 

REPARTO A DOMICILIO

DEPÓSITO GENERAL AHUMADA 130

Cafè Astoria

PAGINAS ESPAÑOLAS

El último libro de viajes por España, original del notable pintor chileno

Héctor de Aravena

con ilustraciones del autor

PEDIDOS A EDITORIAL "ARIEL" - PRAT 141 SANTIAGO

P R E C I O \$ 6.00

E L D I V I N O M I L A G R O

¿Qué es esto? ¡Prodigio! Mis manos florecen;
rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen.
Mi amante besóme las manos, y en ellas
¡oh, gracia! brotaron rosas como estrellas.

Y murmura al verme la gente que pasa:
¿No veis que está loca? ¡Tornarla a su casa!
¡Dice que en las manos le han nacido rosas
y las va agitando como mariposas!

¡Ah! La gente necia que nunca comprende
un milagro de estos, y que sólo entiende
que no nacen rosas más que en los rosales
y que no hay más trigo que el de los trigales.

Que me digan loca, que en celda me encierren;
que con siete llaves la puerta me cierren;
que junto a la puerta pongan un lebrel,
carcelero rudo, carcelero fiel.

Cantaré lo mismo: mis manos florecen,
rosas, rosas, rosas, a mis dedos crecen...
¡Y toda la celda tendrá la fragancia
de un inmenso ramo de rosas de Francia!

M U J E R

Si yo fuera hombre, ¡que hartazgo de luna,
de sombra y silencio me había de dar!
Cómo noche a noche, solo, ambularía
por los campos quietos y por frente al mar!

Si yo fuera hombre, ¡qué extraño, que loco,
tenaz vagabundo que había de ser!
Amigo de todos los largos caminos
que invitan a ir lejos para no volver!

Cuando a mí me acosan ansias andariegas,
¡qué pena tan honda me da ser mujer!

M A S T I L

Con destino ignorado, zarpa este barco nuevo que aguardaba la propicia primavera. ¿Rumbos? ¿Orientaciones? Cualesquiera... Hoy parte mar adentro ligero y decidido; mañana puede volver a la bahía, como los niños al regazo, o las mariposas a las umbelas. ¿Tornar? ¿Partir de nuevo? Quién sabe. Acaso se estrelle cualquier día en cualquier costa; acaso se pierda en el infinito para siempre, como el frágil velamen de una nube. El futuro, sólo pueden decirlo los vientos, las mareas

Este barco, como todos los que van a la aventura, lleva una tripulación improvisada, pasajeros ilustres, e inevitablemente, «pavos», aunque la tripulación más que tal, es oficialidad. Efectivamente, fuera de los capitanes que aparecen en los registros de la nave, y de los fotógrafos y dibujantes de servicio, están ahí Manuel Contreras, Eduardo Phillips M., Ernesto Muñoz, tenientes, timoneles y pilotos. Total van aquí tantos almirantes, como generales en un regimiento mejicano o comandantes a bordo de El Italia. Así sucede en todas las expediciones pintorescas.

¿Pasajeros ilustres? Mariano Latorre, Raúl Cuevas, Blas Daza, Jacobo Danke, Julio Barrenechea, Eduardo Ugarte, Oreste Plath, Amalia Krug, Magda Bert, Ignacio Estrada, Miguel Munizaga, y tantos otros. Sin duda que están bien de pasajeros, pero estarían aún mejor de marineros, sobre todo ese Mariano Latorre, (hasta el apellido es de marino), de bigotes galos, mirada destefida y piernas poco amigables entre sí, y esos muchachos de perfiles claros, todos poetas llenos de evocaciones vagabundas, de puertos humosos, y de viajes sin retorno.

¿Pavos? Aún no es posible descubrirlos, pero no sería extraño que a última hora aparecieran uno o más runrunistas, en la bodega o en la caja del ancla, si es que ya no se han tomado el timón como en otras divertidas embarcaciones.

Y a propósito de bodegas, nunca ningún barco las habrá llevado más atiborradas de mercadería... lírica. Cantos al mar, canciones marineras, affiches, fotografías, tantas cosas, y en especial crónicas de abordaje de todos los tripulantes, pasajeros y pavos que han decidido escribir sus impresiones. Además una serie de objetos inclasificables, antigüedades, fetiches y artículos de contrabando, cuyo dueño y origen se desconoce o se aparenta desconocer.

Bueno. Así va «Mástil», sin rumbo fijo, sin fechas precisas para el regreso o la partida, por evitar la tentación de cambiarlo o de retardarlas, respectivamente. No pretende nada, si no navegar, conocer puertos y costas extranjeras y reunir a bordo un contingente cada vez más alegre, resuelto y escogido. No es barco de guerra, ni tampoco es mercante, si bien no le desagradaría una pequeña experiencia bélica, ni desdeña llevar en sus bodegas muestras y marcas de comercio, para ir haciendo obra nacionalista... Es, en resumen, algo así como un yacht de paseo, con forma de goleta o carabela colonial, y como tal desea únicamente que cuando se pierda en alta mar, no lo confundan, ¡por favor! con esos mecánicos y grises buques a vapor, que acepillan pacientemente la tabla del horizonte, echando atrás una cómoda y pesada viruta de humo grueso...

M A S T I L

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE DERECHO DE LA U. DE CH.

DIRECTORES:

JUAN DANUS - - AUGUSTO SANTELICES

AÑO 1 OCTUBRE DE 1929 NÚM. 1

Después de una pausa obligada sale nuevamente el órgano literario del Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad de Chile.

Por razones de orden interno nos hemos visto obligados a cambiar totalmente la organización y el personal de la revista. Este cambio afectó hasta el nombre, y hoy nuestro órgano lleva el de **MÁSTIL**.

En vista de esta situación y para delimitar responsabilidades, hacemos la siguiente declaración:

La antigua revista **LLAMAS** dejó de pertenecer al Centro de Estudiantes de Derecho y no existe entre ella y sus dirigentes y «**MASTIL**» y los suyos la menor relación.

Declaramos, así mismo, que **MASTIL** tendrá como principal norma divulgar la cultura literaria de los Estudiantes de Derecho, y no aceptará en ningún momento servir de plataforma a intereses personales ni a ambiciones determinadas.

D.

A M A R G U R A

El mar está azul... y pienso,
viendo las proas colmadas,
en estos cien pescadores
que van cantando en las barcas.

Teje el ensueño en sus redes
su divina telaraña;
alegres bogando siguen
hacia las costas lejanas.

Uno divaga en la pesca
que la codicia agiganta:

¡qué de sartas de corales
no le daría a la Amada!

Y van bogando, bogando,
mientras la noche de plata
deja su beso de fuego
sobre las húmedas jarcias.

Pescador de red vacía
que me he quedado en la playa:
¡quién fuera un hombre como éstos
que van cantando en las barcas!

P U E R T O S

Ebriedad de los puertos desconocidos. Barcos
de países remotos. Naves
de complicadas jarcias
ágiles,
florecidos de misterio
los altos mástiles.
Frente a vosotros siento
la alegría salvaje
de irme por los caminos
azules de los mares,
sonriente, sereno,
viril y sin pararme
a pensar que he dejado
mi corazón jadeante,
envuelto en niebla húmeda
y en dos manos liliales.

Ebriedad de los puertos que duermen en los mapas:
Hong Cong, Shangay, Alejandría, Nápoles,
puertos que tienen la locura
del mar y la distante
rebeldía
de los oleajes,
hacia vosotros
viejos titanes
va
mi nave:
me den sus serpentinas de luces
los fanales
de vuestros faros, Hong Cong,
Shangay, Alejandría, Nápoles.

Mar de los chilenos

He aquí un canto de nuestro gran novelista Mariano Latorre, canto que irá como prólogo lírico del libro «Chilenos del Mar» que la Editorial Salvat está terminando de imprimir.

En este poema, creemos comprobar una antigua idea: que si Mariano Latorre fué un poeta en verso, lo sigue siendo en prosa, y que como tal posee en alto grado el don de la imagen, que algunos, sin embargo, le han negado.

«Mástil» no puede menos de enorgullecerse por el interés y la novedad de este trabajo.

AL AMPARO de viejas velas, cangrejas húmedas de Chiloé o cuadras parchadas del Maule, he cruzado tu salvaje soledad, mar de los chilenos, y he bebido tu hálito salobre, hermano del puelche de las nieves y del acre aliento de los pehuenes.

Mar de Chile, inmenso y virgen, que no hendieron griegos mascarones, ni supo de velas de púrpura ni de gavieros expertos, sino de balsas de cuero o trenzadas velas de totora, pero bebió el alma multisonora de los vientos primitivos.

Piraguas de centenarios troncos, rápidos bongos de las islas o canoas de cuero de los mares australes, fluctuantes como el pensamiento de sus pilotos, rompieron tus olas huyendo del trueno, bajo la cabalgata de las nubes, y vientos de aventura, desde el otro extremo del mundo, empujaron las velas rapaces de los piratas de Inglaterra y de Holanda, trágicamente incorporados a la leyenda del mar chileno.

Mar del Norte, hijo del sol, cuya verde entraña se torna nieve espumosa al romperse en los grises acantilados, muro del desierto ubérrimo. Mar rayado por el vuelo negro de los yecos y el pestajeo de las garumas y roto por el espolón dentado de los tiburones.

Mar del centro de Chile, blanco de gaviotas, hirviente de congrios atigrados, de rovalos de plata y cavinzas de ojos sajones. Mar de los viejos pescadores coloniales ingenuos y supersticiosos.

Mar amigo de la cordillera que baja en las venas de sus ríos, empapados de altura, a teñir el verdor de las olas de azules transparencias.

¡Mar del Maule, destrozado como un cristal en las aristas de las peñas, forradas de algas, erizadas de moluscos como cascos muertos!

Del corazón de tus cerros bravíos, tierra hecha piedra, bajan las rodas de roble en carretas minúsculas, y sobre ella el serrano mudo, piedra hecha carne, vuelto marino ante el estupor del mar nunca soñado, heroico en la caña que acaba de empuñar, como en la mansera de sus viejos arados de hualle.

Mar de Chiloé, extraviado entre islotes de esmeralda, espejo ávido de las selvas oscuras, de los verdeantes papales y de los villorrios grises, sumisos en torno a un campanario de madera. Mar amado del gran mar que en violentas crecientes tardes y mañanas derrama su sangre salobre en la pasiva quietud de los canales.

Una mortaja de nieblas espesas arrebujada en los inviernos los cerros ateridos y las aguas muertas, donde navega el Caleuche, henchidas de aire las velas espectrales y su casco acribillado de luces: allí la imaginación del chilote, niebla y estupor, inmortalizó a los ahogados, a los piratas vencidos, a todos los que murieron en lucha con el mar.

Lanza de oro, el sol quiebra en los estíos tu cristal hecho ascuas y va a teñir, empapado en sangre de auroras o en púrpura de arreboses, la coraza de las centollas, dormidas en la penumbra del remanso sub-marino,

La paleta de ciprés del huilliche, partió, en lejanas edades, tu espejo dormido, ebrio de cielo, y era en manos del indio de las islas, la aleta de un lobo de mar; hoy la vela ávida de viento y la caña triunfadora.

¡Maulinos y chilotes, marineros del mar chileno, duros como los cerros y ágiles como las olas, vuestra es el ala del viento y vuestra el alma del mar!

Mares del sur, blanqueados por la nieve de antárticos plenilunios, mares de frías corrientes, ceñidos de ventisqueros y de islas, por donde cruzan a la deriva témpanos errantes, trozos del polo, y donde asoman su lomo las ballenas, pedazos de continente.

Mar de los alacalufes y de los lobos aulladores, cuna de los vientos del polo que rompe el vuelo vencedor de los albatros y obliga al enorme pingüino rey, inmovilizado en el hueco de las peñas, a apretar su huevo gris, en un trágico gesto de defensa, contra su pecho de seda, estuche tibio de su corazón.

AL AMPARO de viejas velas, cangrejas húmedas de Chiloé o cuadradas parchadas del Maule, he cruzado tu salvaje soledad, mar de los chilenos, y he bebido tu hálito salobre, hermano del puelche de las nieves y del acre aliento de los pehuenes.

R E T O R N O

ESTE POEMA ES DEL LIBRO «NOCHES Y DIAS»,
PRÓXIMO A APARECER. SU AUTOR RAUL CUEVAS,
QUE NOS LO DA COMO UNA PRIMICIA, NO NECESITA
ELOGIO: BASTA SU FIRMA.

Se evadió mi cansancio hacia tus orillas
plateadas de astros
y el corazón fué a tender sus redes
por ese mar que guardas entre tus pestañas...
Y estuvo en las fiestas marinas de tus besos
y en el alba polar de tu sollozo.

La noche acercaba nuestro gemido de amantes
y se perdía mi beso corriendo por tus rodillas.
A veces me encontraba con la luna extraviada
en el encaje de nieblas de tu piel temblorosa
o mi sollozo adentraba sus húmedas estrellas
por tus ciudades de ventanas dormidas.

Parecían llamaradas verdes los árboles
mirados en tus ojos
y la noche llevaba el espejo de la luna
entre sus manos para mirarte el rostro.
Pero un día las mareas envolvieron los paisajes
y naufragaron las ciudades bajo sus olas tristes.
Se perdieron nuestras sombras en la baraja de los días
y se ahogó tu sonrisa como una estrella en el agua.
En los sueños yo sentía evadirse hacia el futuro
tu piel sin asperezas,
veía como un viento misterioso
iba tumbando la flor de ópalo de tu rostro...
Pero el recuerdo iba a la siga
de las linternas perdidas de tus ojos
como un pájaro nocturno.
Hoy, de nuevo, tu rostro ilumina mis brazos
y mi corazón despierta de un viaje sin rumbo
y por la lívida madrugada de tus ojeras
va mi beso como un sonámbulo...

FIGURAS DE TRAGEDIA

(BASADA EN «LA FARSAM», DE R. BRANDÃO)

CUADRO IX

Atardecer en un descampado de la sierra. Es un paraje yermo, pedregoso. Al fondo, se ven escarpadas colinas, llenas de caries fantásticas. Ni caminos; ni árboles: sólo piedras. Oscurece rápidamente y se agrupa sobre la sierra un grupo álgido de nubarrones densos. Un silencio pesado y duro domina en el paisaje. Un momento parece que se oye lejana la voz de una mujer y el golpe seco de una tos. Poco a poco se hace más perceptible y se comprende que vienen de la izquierda. Más próximos ya, se reconoce la voz de *Candidita* y la tos de *Antonino*.

CANDIDITA.—(Interior) A prisa! De prisa! Antes que llegue la noche y la nieve.

ANTONINO.—(En medio de un acceso de tos). No puedo más, madre.

Una ráfaga de viento se lleva sus últimas palabras. Aparecen en escena. Candidita va envuelta en el mismo chal, que ya es un harapo inverosímil. Tira de la mano a Antonino, que apenas camina jadeando.

CANDIDITA.—De prisa, hijo! De prisa!

ANTONINO.—Me muero! No puedo más!

CANDIDITA.—Tú morirte! Ahora!... Estás loco?... Ven apurémonos! Morirte tú! (Del fondo de su pecho saca una risa seca y horrible, como golpes de tablas). Ven, nos queda mucho aún y se nos deja caer la noche y la nieve.

Una violenta ráfaga de viento le arranca el chal. Ella corre con zancadas grotescas y lo alcanza. Vuelve. Mientras, Antonino, dominado por un acceso de tos, se ha dejado caer junto a una piedra. Jadea. Se lleva un pañuelo a la boca y lo retira rojo de sangre. Oscurece rápidamente.

CANDIDITA.—Hijo! Qué tienes? Descansemos, si quieres. (Se para frente a él y lo mira con terror). Esto pasará.

ANTONINO.—Madre me muero. Y yo no quiero morir! No quiero morir!

CANDIDITA.—Calla. Si tú estás bien!

La pluma raída y lacia de su sombrero toma formas fantásticas impulsada por el viento.

CANDIDITA.—Con el oro de Teodora verás los mejores médicos.

ANTONINO.—(Sus ojos brillan un momento). Es mucho aquel oro?

CANDIDITA.—Llena baúles y barricas. Cuando estoy en su casa no lo veo: lo siento, lo presiento por el temblor que se apodera de mis manos al pasar junto a esos muebles. Lo hay a montones. Ya te lo dije: te casarás rico. Y cómo nos vengaremos de las viejas! Es justo que me hayan pisoteado toda la vida? Nos reiremos, hijo, nos reiremos!

ANTONINO.—Yo no he vivido, madre...

CANDIDITA.—Vivirás. Podrás hundirte en oro, bañarte en oro. Qué sabe Teodora de tu vida? Está medio loca. Cómo nos reiremos luego!

ANTONINO.—(*Angustioso*). No me moriré, verdad, madre?

CANDIDITA.—(*Con risa fantástica*). Morirte tú! Tú!...

ANTONINO.—...porque yo no he vivido...

CANDIDITA.—Vivirás. Gozarás. Vamos, levántate. A prisa!

Antonino trata de levantarse; pero le sobreviene un horrible acceso de tos y cae, apoyándose en una piedra, con los ojos abiertos inmensurablemente y un sudor viscoso en el rostro. Un hilillo de sangre sale de entre los labios apretados.

CANDIDITA.—Hijo! Hijo, qué tienes? (*Trata de levantarlo inútilmente*).

ANTONINO.—(*Al abrir la boca para hablar, un chorro de sangre se desprende*). Madre, me muero. (*Un nuevo acceso de tos. Con voz más débil*). Me muero, madre! Y yo no he vivido! Por tu culpa, yo no he vivido...

CANDIDITA.—Hijo!

Le limpia la sangre de la boca. Indaga con ansiedad en derredor, pero es aquel un lugar desierto y pedregoso.

CANDIDITA.—Hijo... Tú no te mueres. No te mueres! Verás: Teodora tiene arcas repletas de oro hasta reventar. Oyes, hijo? Oro, oro, oro... Nos hundiremos en él; nos bañaremos en oro. Y ella está loca y vieja. Qué ha de saber de la ciega? La engañaremos. Verás!... Pero no. Tú no te mueres! (*Con un rugido*). No quiero, no quiero, oyes? No quiero que te mueras!...

ANTONINO.—Tú tuviste la culpa. (*La tos, una voz cavernosa y extraña lo sacude*). Me muero. No he vivido y tú tuviste la culpa.

CANDIDITA.—No puedes morirte ahora, hijo. Te casarás rico: Ya te lo decía yo! (*Se ve que hace un esfuerzo enorme para dominarse, que busca la vida de los rincones del sueño. La oscuridad es casi completa*). Tú eres mi sueño. Verás, nos reiremos de las viejas. Me río ya de ellas, ves? Me río, me río!... (*Tiene fuerzas aún para reír*). Ríe, ríe tú también, hijo!

ANTONINO.—(*Levanta con esfuerzo los párpados y murmura apenas*). Tú tuviste la culpa.

Una nueva bocanada se sangre y de dobla sobre sí mismo. Un estertor de muerte extremece sus miembros.

CANDIDITA.—Hijo! Hijo! Se me muere! Se me muere!

La vieja corre con angustia suprema. La oscuridad es completa y se pierde en ella; pero vuelve inmediatamente. Antonino se ha derrumbado allí mismo. Está muerto. Con el vestido roto, los brazos en alto y el chal un ala fantástica, Candidita corre de un lado a otro, bramando.

CANDIDITA.—Hijo, me oyes? Hijo, escucha! De prisa, de prisa, que va a caer la nieve! (*Se saca el chal, harapo inútil, y cubre con él al hijo*). No me entiendes?... De prisa, que va a caer la nieve! Ya es de noche, hijo, y nos espera Teodora con sus arcas llenas de oro a reventar. Vamos, de prisa, de prisa!...

Una violenta ráfaga de viento hace arremolinarse a las nubes en una danza infernal.

No me oyes? Y no haber quién nos socorra!

Corre. Con las manos extendidas, palpa las tinieblas densas; vuelve y sus pies tropiezan con el cadáver ya rígido. Se agacha y sus dedos sarmentosos se deslizan por la cara yerta. Se levanta con un grito, un rugido.

No! No! Socorro! Socorro! Socorro!

Tinieblas, piedras y silencio. Corre hacia la derecha, pero vuelve al momento, enagenada.

Hijo, tú no estás muerto! Después que sufrí tanto, tú te me mueres. Pasé con mendrugos, con limosnas, para criarte, y tú te me mueres. Acuérdate, hijo! Sufrí, callé, me humillé ante las viejas para criarte. Acuérdate! Lo que me humillé para que fueras rico, para pisotearlas! Y ahora te mueres! Qué frías están tus manos! Y estamos solos en medio de la sierra. Socorro! Socorro! Por tu causa no las escupí, oyes? oyes, hijo?

Ruge en medio de la sierra. Trata de cubrir el cadáver con sus harapos. Se acuesta a su lado para darle calor. Empiezan a caer los primeros copos de nieve.

Luego tú me pagas así lo que sufrí? Para qué te crié de limosnas? Hijo, aún has de ser rico, oíste? Oíste? Oíste?... Maldita sierra! Socorro! Tienes frío? Hijo, respóndeme! Nuestra vez ha de llegar!

La nieve revolotea, se arremolina; el viento sacude las tinieblas. La noche se va iluminando con la claridad álgida de la nieve. Candidita habla a media voz, trastornada ya.

Las viejas, hijo... No las trago!... Las tengo aquí. Ojalá mueran! Sus cuerpos secos puede deshacerlo la pobredumbre; pero las tengo aquí, siempre vivas, pisoteándome, despreciativas y victoriosas. Me viene a la boca como plomo derretido todo lo que sufrí; pero nuestra vez ha de llegar, hijo. Nos reiremos. Verás, nos reiremos! Teodora tiene oro a montones. Qué sabe ella de la ciega? Con su oro nos reiremos hijo. Me tapo los oídos y oigo siempre la risa de las viejas. Se rieron de nosotros, hijo, porque éramos pobres. A los pobres no les es lícito ni aún hartarse de sueño. El sueño ha sustentado nuestra vida, hijo. Pero ya llega la realidad. Por qué no me contestas, hijo? Ahora es la realidad, hijo, la realidad... (*Hunde las manos en la nieve que se ha amontonado en el cadáver del hijo*). La realidad... (*Se da cuenta de improviso*). La realidad!... Socorro! Socorro! La realidad está aquí! Murió mi sueño! Murió mi hijo!

No puede llorar; no quiere llorar. Aprieta los labios; luego se levanta furiosa y amenaza con los puños temblorosos las tinieblas.

Malditas, malditas! Murió mi hijo; murió mi sueño!—Quién pudiera darte vida, hijo, para sustentarte con el mismo odio, para hartarte del mismo sueño!

Se doblega al fin; se encoge. Escarba entre la nieve y saca el chal harapiento, se lo cruza sobre el pecho seco y se sienta junto al cadáver del hijo. Ni una lágrima. Ni un sollozo. El viento arremolina la nieve a su alrededor. Muy lejano se oye el aullido de los lobos. Se inclina para hablarle al oído. La pluma del sombrero cuelga grotesca como un trapo de cocina.

Te crié con odio y con odio vivirás. Oíste? Oíste? Oíste?

TELON MUY LENTO

J U A N D A N U S

Canción del recuerdo

Ahora se han abierto nuestros brazos
a la orilla de un paisaje húmedo
y vamos corriendo hacia los recuerdos con el gesto fresco
del que corre hacia los árboles cargados de frutas,
y también anillamos algunas horas distantes
con la alegría joven del agua que hace rondas detrás del bosque.

Entonces, en la infancia, me sorprendo acariciando tus senos
en las tetillas de pan francés,
y te recuerdo a ti, recostada sobre el musgo,
delante de una manguera erecta,
que entonaba su húmeda canción de vida.

Mujer, detrás del vidrio de todos los trenes huyendo
vacilante me acerco a tu recuerdo
como por la huella de unos pies en la arena,
pero la cabeza de un negro salta y me hace muecas,
y también recorto bailarinas frenéticas en el sol.
Pero luego, con la lejana melancolía de los niños
que juegan a cernir entre los dedos conchitas en la playa,
voy repasando tus viejas voces;
de pronto, sin saberlo, salgo apresurado de viaje
y todas tus palabras caen a mis ojos
como los postes borrachos a la ventanilla de un tren.

Y sin embargo tú estás detenida frente a mí,
y lenta desenrollas el canto de los caracoles en mi oído,
y yo estoy desvalido estrujando contra mi pecho tu puñado de algas.
Todo queda inmóvil, espantosamente inmóvil.
Debajo de la noche cruzada de aerolitos siento el mismo espanto
que cuando pequeño solía mirar hacia arriba
los molejones salpicando estrellas;
pero me salva el viento, el hermano viento,
el que pule tus senos como las mareas a las rocas sumisas.
Me voy suavemente a la deriva, cabalgando en el vaivén de un
[barco,
a lo lejos, aún se encienden algunos recuerdos
ojerosos de bruma, como luces de un puerto.

Pero tú haces caer sobre mis labios tus besos lentos
como cae el amanecer en las ventanas.
Sobre tu espalda desnuda la sombra de mi cabeza
es un árbol negro.

ALGO SOBRE EL DEBER

Ahora que soplan vientos de renovación por las esferas universitarias y prima por sobre toda preocupación de reglamento un anhelo de superación, traducido en reformas de trascendencia que se anuncian, conviene que a nuestro turno precisemos, también, nuestras aspiraciones ideales referentes a ciertos conceptos que han tenido y tienen en la vida de los hombres, honda significación e importancia.

En esto del deber, que tantas aplicaciones e interpretaciones ha tenido, es de suma importancia determinar su significación actual concorde con las nuevas realidades.

Existe el deber del inferior para con el superior jerárquico; el que imponen las autoridades científicas; el que dice relación con los altos destinos de la especie, etc.

Los dos primeros son los que se disputan el campo de los hechos, pues, el que dice relación con los destinos superiores de la especie es, ahora, apenas un tenue baluceo.

El «jerárquico» imponiendo la obediencia apoyado en su superioridad reglamentaria y el «científico» impidiendo su autoridad irrefragable y sancionada a los que comprueban la existencia de fenómenos desconocidos, mantienen aprisionada la iniciativa de los hombres; mientras que aquel que emerge del conjunto de cosas existentes tiende a crear, traspasado el límite, una conciencia universal no atada a ninguna traba material ni espiritual.

Este deber, si así podemos llamarlo, que es como el alma del mundo, su voz imperativa se ha manifestado en todas las épocas en hechos aislados y repetidos a lo lejos, hasta formar un acervo común para

todos los hombres, ya señalando nuevas rutas en tal o cual sentido y dirección o recorriendo el velo de alguna ley secreta de la naturaleza.

No otra cosa fué la corazonada de Colón que lo llevó al descubrimiento de un continente nuevo; el caso de Galileo, etc.

Ellos, rompiendo los convencionalismos tradicionales, las verdades científicas (?), los deberes de sus tiempos, las disciplinas de grupos, rasgaron el velo que cubrían los horizontes magníficos que han traído, con el andar del tiempo, la creación de una nueva conciencia, es decir, un estado de cosas superior.

En su mayoría no hicieron sus descubrimientos concientes de que estaban trabajando para la humanidad: Colón descubrió un mundo para la corona de Castilla.

Y esto como mandato de los tiempos, de los destinos humanos, que se cumple de tarde en tarde por uno que otro predestinado, es un deber que todavía no se ha cultivado. Existe latente en la conciencia dormida de los hombres y ha terminado por desaparecer, casi por completo (ahí está la carencia de nuestro sentido de la vida y de hombres capaces de pensar), con la educación particular, desconectada, que se ha dado.

En cambio si se cultivase, y dentro de esta aspiración totalista se colocara el sistema educacional, muy otro sería el destino cierto de nuestro continente. Se harían posibles, sin grandes esfuerzos, los proyectos y aspiraciones de unidad americana: unión aduanera y monetaria, confederación de países después, etc.; se habría alejado definitivamente el peligro de las guerras y

el individuo recobraría su personalidad espontánea con un despliegue de sus facultades creadoras que tiene aletargadas la limitación; y, también, desaparecería el peligro del levantamiento de puños crispados en contra de los grandes innovadores impidiéndoles la realización de sus reformas.

¿Por qué no ha de tomarse en cuenta este deber totalista como finalidad de una nueva educación, cuando estamos viendo el fracaso y la estrechez de los demás?

La Universidad, antes que la formación de profesionales avezados (estos los forma la lucha), debe formar hombres de alcances superiores.

F I D I A S S O L A L V A R E Z

De Ortega y Gasset

(ESPAÑA INVERTEBRADA)

No es necesario ni importante que las partes de un todo social coincidan en sus deseos y sus ideas; lo necesario e importante es que conozca cada una, y en cierto modo viva, los de las otras. Cuando esto falta, pierde la clase o gremio, como ciertos enfermos de la médula, la sensibilidad táctil: no siente en su periferia el contacto y la presión de las demás clases y gremios; llega consecuentemente a creer que sólo ella existe, que ella es todo, que ella es un todo.

Un hombre no es nunca socialmente eficaz por sus cualidades individuales, sino por la energía social que la masa ha depositado en él. Sus talentos personales fueron sólo el motivo, ocasión o pretexto para que se condensase en él ese dinamismo social.

Tertulia con las estrellas

Adelante,

Adelante.

Pasen ustedes señoritas estrellas.

Si se han de estar toda la noche asomadas a mi ventana,
mejor pasen adentro
si algo les interesa.
Pasen no más sin miedo,
que si alguien me pregunta que es lo que hay en mi cuarto,
yo le diré que son luciérnagas.

Perdón que las reciba en esta bata
de soledad gastada.
Es mi traje de casa.

No señoritas,
no es un trozo de luna,
este es mi lecho
cuya blancura rige mi madre.

Ustedes que se miran en las aguas tendidas
no vayan a asustarse si se hayan verticales
al verse en el espejo del ropero.
Ni vayan a creer que yo fabrico estrellas
porque he encendido un fósforo.

También les interesa el lavatorio?
Pues bien,
es ahí donde mañana tras mañana
dejo caer al agua mis caras trasnochadas.

Ya deben irse?
Bueno hasta otra noche.
Pero antes que se vayan,
por qué no se acomodan como letras de avisos luminosos
mientras les voy dictando nombres desaparecidos?

Después para que arriba no les sientan la hora de llegada,
pregúntenle a mi sueño
como se entró en puntillas por mis ojos cerrados.

J U L I O B A R R E N E C H E A

C E M E N T O

Fedor Gladkov. Expositor de humanidad.

Cemento. Jalón de energía. Dinamo.

«Monde» puso sobre el tapete occidental una contraversia ya resuelta en la Rusia agitada y revolucionaria, en los primeros momentos de la gran revolución. Literatura proletaria, literatura burguesa. Y la encuesta sigue su curso, entretanto, las páginas de la nueva mentalidad rusa-preludios magníficos de una nueva mentalidad universal-esparce por el mundo el inquieto dinamismo de sus líneas.

No hay literatura proletaria, dicen los rusos de hoy, porque nuestra verdad universal, abarca la humanidad eliminando diferencias. Lo transitorio de nuestro Estado de hoy, condiciona la permanencia de un futuro igualitario.

Aquí está Gladkov con «Cemento».

Cemento, obra central de acción y esfuerzo. Dinamismo pragmático derivado de una convicción cerebral activa.

GLIEB, generación de creadores, hombre nuevo de una época nueva. La obra es vernáculo de un momento y de un ansia colectiva: el éxito económico, la garantía del éxito; la producción.

«Y Gliéb oía, en el ritmo acelerado de su corazón, estremecerse sordamente, bajo la tierra, las montañas, las ruinas de las canteras, las chimineas, la pequeña ciudad obrera... La fábrica. Los Diesel. Los Bronnsberg. Los talleres. Eos cilindros giratorios de los hornos.

Está bien. He aquí, otra vez las máquinas y el trabajo. El trabajo nuevo, el trabajo libre conquistado en gran lucha a precio de fuego y del tiempo. Está bien».

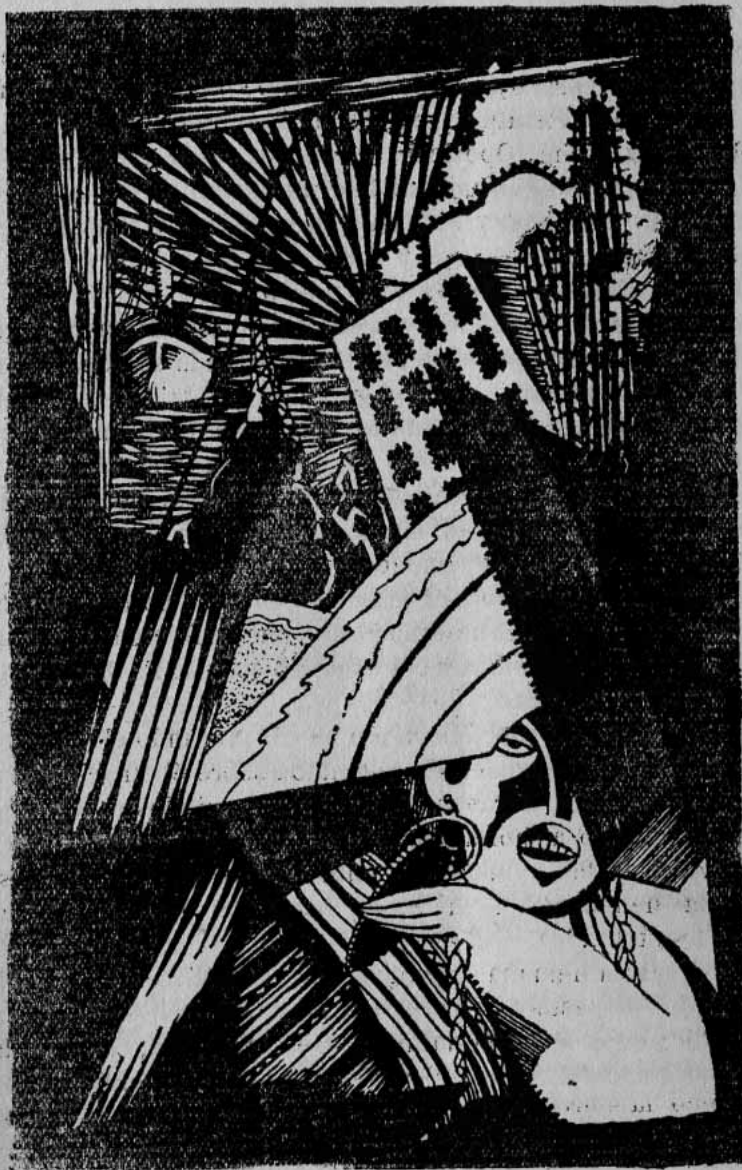
A la vuelta de la loma, salta del libro, la mujer. La hembra y la camarada del hombre. La constructora, Dacha. Ocupando su puesto en el trabajo colectivo y deshaciendo de un golpe el «home» parásito de la calle; el brasero, el gato run-runeando, ropa sucia, cocina y lavados, a veces, patio y ropa colgada. Ahora, todo eso, una función social.

La mujer brotó de la esposa, dolorosamente; su fuerza nueva se «había revelado y tendido como una cuerda en el equipo de trabajo, en el dolor de los años del incendio en las duras pruebas, bajo el fatigoso fardo de la libertad femenina».

Y el hombre anda, la mujer anda y la máquina, aherrrojada por la herrumbre y el abandono, parada en un silencio bulliciosa como una catarata de sonidos de locomotoras que arrastran trenes y llevan la fábrica enredada en sus productos a los rincones mas hondos de la estepa.

Gliéb y Dacha, Niurka. La trinidad burguesa disuelta en la praxis social.

El, empuñando la palanca, da vida a los émbolos dormidos de los Diesel. Ella, urde la trama de la familia nueva, imbolucrada en una fraternidad colectiva: trabaja y crea. Niurka, la pequeña, posa un instante su sonrisa de niña y se



marchita en la atmósfera rarificada. La elocuencia de su agotamiento, no impide la robustez del raciocinio innovador.

Se muelen las resistencias y lentamente surge de la fábrica el pitazo cuo-

tidiano del trabajo. La inteligente colaboración de todos anula la oposición de unos, y el cemento corre fluido, riente iluminada sus entrañas con la fogata ardiente de un combustible nuevo. Luminaria de trabajo, integral de actividad y de ciencia.

Kleist y Glielb. Badyn y Glielb.

La ciencia y la voluntad. El sistema y el empuje. Afinidad revolucionaria.

«Cemento» se construye y aporta de golpe una respuesta concluyente a la encuesta occidental. Literatura proletaria, literatura burguesa. La vida y la muerte, el día y la noche. Oposición y síntesis. Vida nueva y arte nuevo. Arte humano. Aquí se palpa el alcance de la gran iniciativa. «El proletariado asalta a la conquista de una nueva cultura y de una nueva literatura por medio de vastos método económico-sociales y culturales» y Gladkov con un dominio temático absoluto garantiza el éxito de lo nuevo.

El desalojo de lo decadente y pesimista, pone de manifiesto la síntesis producida: la colectividad pensante, intelectual. Nada de cenáculo ni trincheras entre el cerebro y las manos, entre el gabinete y el taller, entre el salón y la calle. El aprendizaje artístico proletario marca ya un compás particular, cuyo carácter trasitorio es ya «un afluente del futuro arte socialista».

En Cemento se consigue realizar con plenitud de detalles, la concepción revolucionaria de una sociedad dispuesta a darse a sí misma lo que siglos de expoliación, negaron sistemáticamente.

La crítica imbécil no acoje el valer de Cemento, porque el alma tiembla al pensar lo que representa. Es un mundo que naciendo crea desde la cuna.

Es el prodigio de la unión y del esfuerzo común. Es la maravilla brotada de unir el cerebro y el brazo.

!!.....Y no era su conciencia, era su sér profundo el que se bañaba en esta fuerza animal, no surgía en él, reventaba sobre él en grandes olas a través del estrépito de la tierra, a través de las piedras y de los rieles, llegado de ésta muchedumbre numerosa, hormiguero desplegado en hileras, que gimiendo y gritando, llevando palas y martillos, subía a las chimeneas y a los edificios de la fábrica, a las hendiduras de las rocas, hacia los obeliscos de la transmisión eléctrica, en lo alto!!...

La efervescencia humana sintonizada con la policromía natural. Sol, cielo, montañas verdes de pasto y de deseos...y sin embargo esto no era lo importante. El interés radica en el hacer la naturaleza, en fabricarla, en ponerla al servicio de la sociedad, radicaba en «esas ráfagas de trabajo del hormiguero humano, subiendo como la marea. He aquí esta masa: no se puede distinguir, ni contar, ni percibir los individuos. Se puede desfigurar a cada uno. Y estas muchedumbres innumerables son también piedras vivientes.....»

Y lentamente el cemento construye la victoria del esfuerzo y eleva los rascacielos de la igualdad futura.

H U M B E R T O M E N D O Z A

O C A R I N A

DEL LIBRO EN PREPARACIÓN
SINFONÍAS DE LAS NUBES EN FLOR

El afilador, el afilador,
ti-ru-lí-ru-lí
ti-ru-lí-ru-lá
canta la ocarina del afilador

El molejón de plata
afila sin cesar
las hojas diamantinas
de la luz lunar,
ti-ru-lí-ru-lí
ti-ru-lí-ru-lá
canta la ocarina del afilador.

El chirrido de los grillos
va cortando
la lámina azulina del anochecer,
ti-ru-lí-ru-lí
ti-ru-lí-ru-lá

El molejón de plata
que jira incesante
va salpicando de estrellas
el manto azul,
ti-ru-lí-ru-lí
ti-ru-lí-ru-lá
canta la ocarina del afilador.

El chirrido de los grillos
cesará al amanecer
cuando el afilador con su ocarina
se vayan a esconder,
ti-ru-lí-ru-lí
ti-ru-lí-ru-lá
canta la ocarina del afilador.

El Agua en Sombra

(POEMAS DE AUGUSTO SANTELICES)

Nombre un poco rebuscado. En esta materia sólo recuerdo dos aciertos en la literatura chilena: «Crepusculario» y «Desolación», de Pablo Neruda y Gabriela Mistral, respectivamente. Pero es un mero detalle que no alcanza a empañar el brillo purísimo de este libro, a través del cual salta un valor definido, recio.

Sucesión de imágenes. Santelices es el más fecundo y afortunado creador de imágenes en nuestra literatura. Surgen espontáneas, frescas, juguetonas, sin retorcimientos cerebrales. El mismo es una imagen: Yo siempre he dicho que Santelices parece un hombre en una eterna actitud de tragar obleas.

Algunas audaces, atrevidas; otras parecen dichas en voz baja, como si un tardío pudor quisiera ocultar los pensamientos íntimos al lector. Y sobre todas ellas una inquietud vaga—todas lo son—de romper vallas, de ser otro en cada verso, de renovarse constantemente.

A veces quedamos desorientados ante aquel extraño surtidor. Saltan, corren, hacen cabriolas ante nuestros ojos. Algunas quedan en nuestras retinas y otras escapan para surgir nuevamente más audaces y más sinceras.

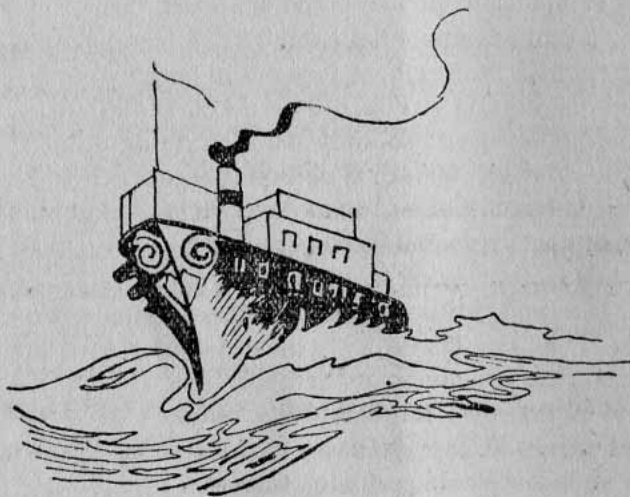
Libro definitivo? No. Ni creo que Santelices lo quiera. Ningún libro es definitivo. Dos partes. La primera, dominada casi en su totalidad por el amor; pero esta vez está tratado por un poeta que, aunque de avanzada, deja caer como descuidadamente algunas imágenes ingenuas, pletóricas de un sentimiento que nos envuelve suavemente, como un manto blondito. A veces, el dolor, como un sordo rugido que se comprende viene de muy adentro nos estruja la garganta:

*Yo me duermo apretando mi odio entre los brazos,
fuego sin llama donde quemo mi juventud.*

Pero salta nuevamente el afán de vivir, de gozar, de correr por praderas sembradas de estrellas y dar la espalda a este lado sombrío en el cual muchos nos encharcamos y movemos con voluptuosidad.

Y luego, desconcertante, gavilla maestra de un buen segador, la segunda parte promete más aún, da un mazaso a nuestra imaginación, descorre un velo y nos deja ver un horizonte en el cual se recorta, como mancha de tinta, un perfil definido y único.

Ya no es el amor el tema dominante. En este período, Santelices, optimista y poeta, sabe encontrar belleza y la imagen precisa hasta en «*la tetera que cloquea echada en el brasero*». Bien puede llamarse creador de belleza—y nada hay sobre la belleza—a quien ha escrito ésto del viento:



*...te revuelcas en el pasto como un gato
o jiras en un remolino apasionado
de bailarina núbil entre velos de polvo.*

Pero en este terreno nos veríamos obligados a citar casi toda la obra.

Así este libro de Santelices—bello y convincente—de ese muchacho que cruza por los pasillos universitario exponiendo su figura estrambótica; pero en el fondo de cuyos ojos yo he creído ver estremecerse una eterna inquietud o un lejano dolor, acurrucado como un gato negro.

El Poema del Bien Hallado

Niña que estás sonriéndome y hablándome de cosas muertas
con tus ojos color avellana, de la palidez de las cosas muertas.
En un país sin nombre, ciegos por el sol del medio día,
por la pátina del sol sobre las esfinges abismadas,
nos hemos conocido y nos amábamos tiernamente.

Yo te diré aquel tiempo que pasó con
entonaciones de pájaro, con inflexiones de flor
marchita, apoyándose en nuestra mutua felicidad y tú
escucharás cómo vuelve a renacer en el sueño de esta vida.

Yo era un huésped silencioso de las pirámides,
el tocador de una flauta soñalienta.

El cansancio más profundo, el más añejo pesar,
—niña de ojos dormidos, corazón de mi corazón—
velaban a los pies de mi sombra, databan desde mi
pasado tan sin color, tan sin ti de aquel entonces.

Pero, en la ciudad, en el fondo de la vieja ciudad había un
suburbio, el más gris inhabitable, sin duda
el más odioso suburbio de la ciudad.

Era allí donde mis taciturnos, donde mis extraños ocios
volteaban el cielo de las tardes y hacían cantar a los mendigos
las más antiguas canciones del arrabal.

Allí, también, las cosas largamente olvidadas
—como el musgo de las paredes y el orén de las llaves del sepulturero—
conocían el desbande de pañuelos salidos
de entre las manos de mi esperanza, del adiós de mi felicidad perdida.

Ah, qué bien desanda mi corazón estas historias de lo efímero,
y qué bien desclava la cubierta de su ataúd para
que se levanten y busquen el sitio de mi preferencia:
la callejuela tendida a tus pies en la fiesta del mes de ABRIL!

Entonces tu juventud era como una luz en la ventana,
como una campanilla en el umbral,
como el vino dentro de un cántaro.

¡Dulce y benigna fecha! Yo te digo: Niña:
mírame o sonríeme como en aquella vez.
Restitúyeme a esa edad que pisó nuestra antigua sombra!

Y mi flauta te suspirará su melancolía,
y tú no sabrás nunca que nuestras cenizas fueron
aventadas sobre el GANGES, mi querida
niña que te he podido reconocer después de tanto tiempo!

Páginas españolas

GLOSAS AL VIAJE Y AL ARTE, DE HÉCTOR DE ARAVENA



Movida y rápida película, (obra de pintor en viaje), este libro describe, por no decir pinta, con viveza y colorido un panorama simpático de España, mejor, de los campos y ciudades de España, y mejor aún, del aspecto artístico, (arquitectónico pictórico) de la inagotable madre de América.

Desde las charlas de «Ixtea», mansión de los Barojas, el recuerdo del viaje de Verhaeren, el poeta belga, a través de Guipúzcoa, «sentado en el pescante, atisbando en todo momento los detalles tétricos», y la cita de Salaverría, que estima al país vasco como el palo donde se enrolla y sostiene «el mapa de la península», hasta la catedral de Toledo, con sus 700 ventanas, el paseo a Turquía por el Mediterráneo en 41/2 horas, (a bordo de una nave que traía una exposición flotante!), y la visita a Pal-

ma y Valdemosa de Mallorca, refugio de los amores de Chopin con Jorge Sand, y de la melancolía de Darío, es este libro una cinta pintoresca y variada en que desfilan con todos sus tesoros de arte y de tradición, Burgos, Avila, Madrid, Sevilla, ciudades «del honor», de «los santos», de «la simpatía», y del «amor», al decir de Aravena.

Augusto D'Halmar, dirigiéndose a Aravena, dice:

«¡Qué agradable sorpresa me ha acogido al regresar de Francia, con sus Páginas Españolas, tan delicadas y para mí, tan henchidas de sugerencias, y cuanto le «agradezco», es la palabra, la cordialidad con que trata a ésta mi vieja Española»

Creo que nada cabe añadir a las palabras del maestro.

A. S.

P O E M A

Recuerdo emergiendo
de los recuerdos imprecisos, lejanos.
Como una flecha fragante en mi arco,
lo he lanzado a los bosques de mi infancia
donde aún cantan los pájaros...

Cazador ágil,
entre brumas de nostalgia
vuelvo ahora
y en el corazón traigo
escondida su imagen.

¡Ah cómo quise entonces
a esa niña de mi tristeza!
Cuando la llamaba, su nombre,
que me hacía pensar en los pájaros
y en la gracia que tienen las madreselvas,
era una mariposa muriendo en mis labios...

Junto a ella,
yo era una pequeña llama,
un niño que olvidaba
en un momento, todas las palabras,
pero en una ebriedad sin límites
mi corazón echaba a volar sus luciérnagas!

Hacía girar en febriles rondas sus sueños,
que revoloteaban en bandadas inefables
y emigraban a veces, incontenibles y alegres,
desde los jardines encendidos de mi alma,
hasta perderse
entre los árboles azules del cielo!

Ahora, después de tanto tiempo,
cuando el olvido florecía en enredaderas
de bruma, sobre esos paisajes distantes,
y era un recuerdo extraviado
esa maravillosa fiesta de mi alma,
he venido a encontrar su imagen
en los rumorosos bosques de mi infancia,
donde aún cantan los pájaros...

Y para que ella también lo sepa,
como un viento angustiado y errante
llegue girando—este recuerdo,
en remolinos sobre sus lejanas islas,
ahora que sueña en los mares del Tiempo!

O R L A N D O T O R R I C E L L I



Don PABLO BURCHARD en el impresionismo chileno

Decía yo—con ocasión de una exposición de paisajes—que era curioso observar como en este lejano país, nuestra escuela de pintura seguía la evolución de la europea con muchísimas semejanzas en su desarrollo.



No se podría decir que estemos en idénticas circunstancias históricas con respecto al arte de Europa de los últimos años, pero sí hay que convenir en la cercanía del parentesco, pese a los que creen en la importancia de lo autóctono. Es que el criollo, más que un ser nuevo, es una prolongación del originario, y al variar su mentalidad, no llega a cambios absolutos. En conse-

cuencia, lo de allá se comunica con lo de aquí, y así vemos repetirse entre nosotros los mismos fenómenos que han afectado a las escuelas artísticas y literarias del viejo mundo.

Teniendo presente el caso de la introducción del impresionismo en la pintura chilena, en época de predominación de lo académico correcto y desapasionado, probaríase la fidelidad con que ha seguido a la pintura europea de fines del siglo XIX.

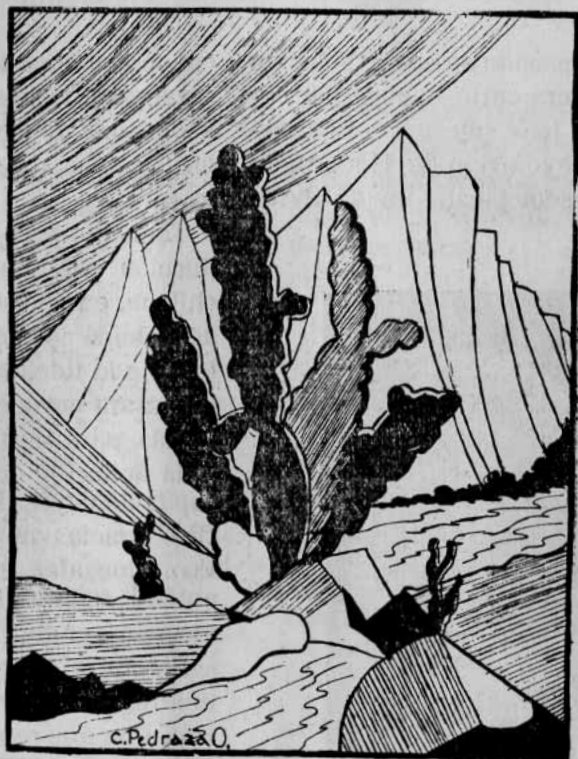
Más, para satisfacción nuestra, no importa la imitación de escuela, si hay el genio capaz de dar a su obra sentido propio. Y Dios gracias no nos ha faltado: un Juan Fco. Gonzalez es una personalidad, una entidad suficientemente rica en peculiarismo, para ser algo separado e independiente.

El impresionismo en Chile ha dado, pues, una figura de primera línea.—Una? Digo mal. Una que representa la visión ardiente, sensual, fuerte y delicada a la vez. Tenemos, por decirlo así, el Tiziano de nuestro impresionismo en don Juan Fco. González, de paleta polícroma y dorada.

Todavía cabe agregar otra individualidad suficientemente dotada de personales características para ser otro valor de primer orden. Sin falsas modestias nacionales, pudiéramos creer que, como el Renacimiento europeo, es impresionismo americano tiene su Tiziano y tiene su Grecco.

Paleta luminosa y fría, elegancia y espiritualidad, hondura de sentimiento y originalísima concepción. En vez de los cálidos dorados, unos amarillos de azufre. Pero siempre y en todo, hasta en esos temas pequeños simplísimos, artista, gran artista.

Don Pablo Burchard es el Greco de nuestro impresionismo. Así lo creo y como lo creo lo digo.

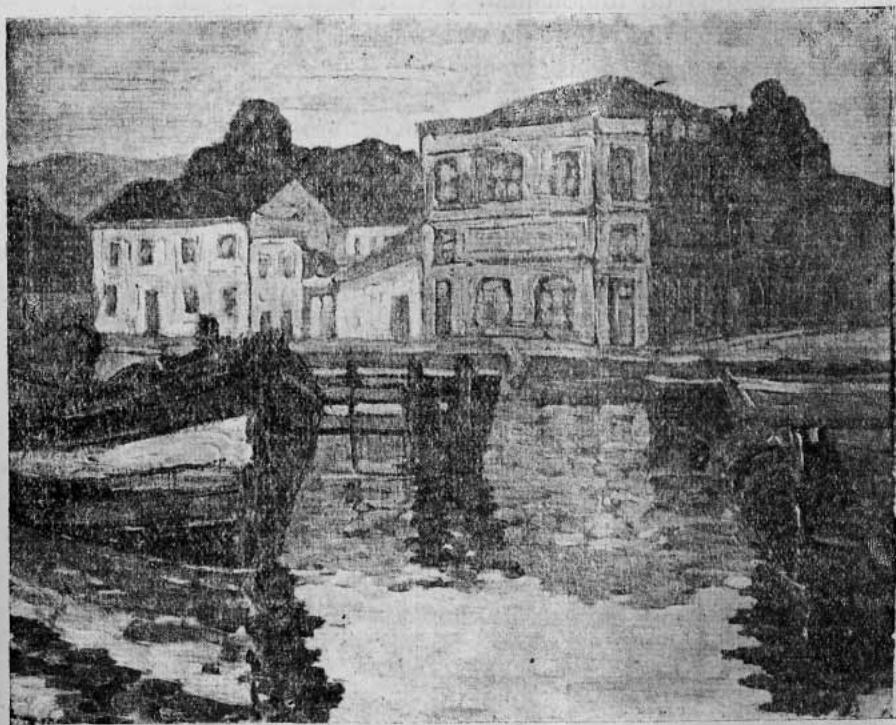


canCIÓN de otoño

así, como esas palabras sin sentido
 extiendes tu indiferente actitud ante las cosas
 y sin embargo siempre estoy al borde de tus ojos
 como ante una sonora vitrina de novedades
 coloco mis sentidos en cada esquina amiga
 y asomado a los lindes de tu cariño
 avizoro los francos territorios de tu país
 superficie sin explicación también escojo a veces
 un nombre de que tirarte con mi voz
 pero te quedas ahí dentro de tu tranquilidad
 como cuando se dicen cosas sin importancia
 o historias sin interés
 y entonces cierro la noche con mis ojos
 enciendo la indiferencia en mi cigarro
 y me echo una pena más al hombro

b l a s d a z a .

NOTA.-La glosa de la página anterior es de Héctor de Aravena.



RIO VALDIVIA.—De Pacheco Altamirano
(Exposición de cuadros al óleo en Ahumada 84)

No podemos menos de señalar, el caso de Pacheco Altamirano, el muchacho que solo, en un ambiente extraño, en una sala inadecuada, ha obtenido un triunfo, un definido triunfo, gracias únicamente a su talento. Y quien lo dude, compruébelo: «Debo declarar; y con mucho gusto que a pesar de las condiciones deplorables de la Sala, mi primera impresión fue excelente, y que se acentuó todavía en este sentido en una segunda visita. «Desde luego, salta a la vista que nos encontramos en presencia de un verdadero temperamento de pintor que tiene un poderoso sentido de la luz, del colorido, y aún, lo que es más raro todavía, de la valorización. Pero tiene algo más este pintor tan joven, y algo muy notable, si se piensa en el po-

co tiempo que está pintando, y es la falta completa de estudios llamados clásicos, y esta cosa notable es el sentido de la composición, siempre equilibrada, en que está encontrada siempre la forma de dar el máximun de carácter y de interés al tema elegido», «siempre logra interesar y atraer por los procedimientos más variados, pero siempre también muy honrados y sinceros...» «creo que...el Sr. Pacheco A...llegará a ser un pintor en todo el sentido de la palabra, que hará honor al arte chileno...» «Saludo en el joven pintor...una esperanza del arte y tengo la convicción de que no será defraudada».

RICHÓN BRUNET EL MERCURIO, 16 DE
SEPT. DE 1929

«La visión es amplia, en ningún momento mezquina y son deseos de inmensidad y de aire. Hay sensación de trabajo en sus telas, dinamismo, sol y calor dados con materia densa y pasosa...»

«...Trata además con fortuna el gris, como vemos en el N.º 15 que pudiera codearse con los cuadros admirables en sus grises sabrosos de nuestra pintora, Clara Werkmeister. Creemos, que con la exhibición de Pacheco Altamirano, este pintor es un valor más dentro de nuestra pintura...»

N. YÁÑEZ SILVA «LA NACIÓN»

DE MANUEL LAGOS



EL SOCIO



AMARGURA

P U E R T O

En los muelles, el aire parece que sostiene
rosarios de palabras en idiomas extraños,
La alegría descuelga canciones en las grúas
y hecha semillas la aventura
por los rincones de los barcos.

Aprieta sobre el pecho la angustia un fardo de humo:
«Esto es lo que me queda de los que no volvieron...»
Echa a rodar llamados sobre el mar y las olas
devuelven sus palabras como pájaros muertos.

El alma se liberta a la orilla del agua.
El mar, empuja tierra dentro, como una nube,
las amarras
que nos atan al pueblo, al hogar, a las gentes.

Al irnos nos envuelve el puerto en una túnica
vela en que cantan sosegados los vientos.
Arrastrándolo todo como una ola inmensa
la voz del mar un día nos ha de llevar lejos...

A M A L I A K R U G P E Ñ A F I E L

L A R A D A

La Barca
tendió la velas y dejó la rada,
como gaviota que rozara apenas
la líquida llanura de las aguas.
Se fué una tarde llena de silencios
llevándose en la prora mi esperanza
y cargada del oro de mis sueños.

La vi partir. Tras su velamen blanco
fueron mis ojos y en la oscura playa
se quedó ciego mi dolor callado.
Uno a uno partieron los veleros
y a mi desierta rada,
sólo arriban esquifes desolados
rotas las alas de sus velas pardas!

M A R I A P E R A L T A R O D R I G U E Z

CELSO ARTEAGA LLANOS

Otra vez deben tañer mis manos las delgadas campanas del duelo, en la ciudad descolorida; otra vez debo escalar los campanarios de la ciudad desconsolada, y «doblar» largamente por el amigo muerto. Delgadas campanas de la angustia, delgadas como el llanto de los perros, viejas monedas apagando en la arena su gemido de plata, también se disolverán estas campanas, humildes, solas, lentas, como gotas de lluvia en un día de niebla.

Celso Arteaga Llanos! quién lo desvió de pronto del camino? Quién lo tumbó de bruces a la nada, aquel día de Agosto, cuando ya apuntaban en los árboles como gotas de luz, los senos alegres de la Primavera?

Yo siempre he tenido la absurda certidumbre de que no voy a morir nunca, a menos que la muerte me sorprenda dormido. Yo sé que no podré morirme, porque siempre, SIEMPRE, tendré fuerza y voluntad para abrir los ojos, lo mismo que las muñecas de resorte.

Pero a veces, de pronto, me hiere las retinas el claro que deja la caída violenta de un amigo hacia el abismo que acecha junto al camino de esta vida, y entonces vacila horriblemente, mi seguro, mi firme, mi rebelde designio de eternidad, y me quedo aturdido, lleno de ira, de sorpresa y de despecho, con un deseo enorme de flagelar la tierra o de lanzar los puños duros al horizonte, en un reto a la Muerte, a la traidora, a la mezquina muerte, que se lleva a un amigo en la más sonora, en la más alegre hora de su vida: en juventud y en Primavera!

Celso Arteaga...Está tan vivo su recuerdo! Quién no lo vé, con su modo especial de quebrar el sombrero, su abrigo color tierra, y sus trajes pizarra? Celso Arteaga, en la última etapa de esta pendiente de la infancia, para llegar a la llanura, he aquí que de pronto, pierde un pié y se derrumba sin remedio.—Verdad que es injusto, que es torpe, que es imbécil el gesto de la vida?

A.

S.

FUE MAS QUE AMOR

Canta en la clara soledad de mi vida
la nota inmensa de un poema,
la voz lejana de la amada
perdida entre las sombras del recuerdo.

Fué un amor. Acaso no lo fué.
—Quién lo dirá? Todo se olvida.
Desde la boca que nos besa;
la mano cruel que nos azota;
hasta el adiós de la partida.

Fué un amor, acaso no lo fué;
porque hubo en el desgarramiento
de carnes y de angustias infinitas;
cansancio de cuerpos temblorosos
que se entregaron solos;
hondos surcos abiertos
por lágrimas de fuego;
almas que enmudecieron
de dolor y de pena.

Fué un amor, acaso, no lo fué.
(Las nieves que se duermen
en las altas montañas
no saben lo que han sido
ni cuándo han de morir;
la tierra misma no lo sabe
ni el corazón del hombre,
el ave errante en sus desvelos
ni el mar... ni el mar...)

Fué un amor, acaso, no lo fué.
Fué más que amor!
Fué más que amor!
Dios lo dirá,
el oro virgen de los astros,
el viento agreste de la tarde
y el árbol triste que nos vió.
Fué un amor, acaso, no lo fué.
Tal vez lo sepa el blanco fruto
que de su vientre ha de nacer.

DARIO ESPINOZA R.



P O E M A S

EL DESVÍO

He descendido hasta mi negación. Perdí un Dios y gané la Naturaleza. La amé hasta besarla en sus fealdades, pero ella se negó a nuestras nupcias y a mi desvarío opuso su severidad. No admite novios románticos. Y yo no la comprendí a tiempo para gozarla.

Me aferré a mí mismo, pero esta barca es muy angosta y profunda y su asiento sobre el agua del mundo es una artista apenas. A la menor variación del timón, zozobra.

Hoy sentí que desde el fondo subían hilachas de agua, y al verlo el gobernalte tembló con mi estremecimiento y la barca se ha tumbado. Y estoy ahora de espaldas sobre el mar, esperando que la marejada me arrastre a la costa.

LOS PADRES

El huerto ha mirado tan distraidamente mi convalecencia, preocupado en soltar sus hojas moribundas. Hasta mi silla de brazos bajo el parrón viene mi madre con el vaso de leche, pero un duraznero envidioso ha disparado su hoja pálida dentro del vaso. Y mi madre sonrfe, entre mohina y cariñosa.

Al medio día, al llegar mi padre de sus ocupaciones, conversa sigilosamente con mi madre sobre mi salud y mi tristeza. Y en el comedor está meditando, me habla sobre negocios y no me dice «mi niño» como antes de salir de la casa.

Se va, y mientras mi madre riñe a la criada, me voy silencioso al huerto. Y sigo escuchando el caer de las hojas.

Al partir, sigue igual la casa. Con su patio empedrado y la fragancia de los jazmines blancos. Hasta el perro siempre amodorrado en su caseta.

Un libro de Unamuno

(Comentarios leídos a un grupo de estudiantes)

Amigos míos:

Yo agradezco a René Fuentes la oportunidad que su invitación me brinda de resucitar en mi antiguas y dilectas devociones.

Tratando de tomar contacto con esta nueva juventud de Chile, yo que ardí tan intensamente en la mía que, con nostalgia, miro lejana, he de hablaros de un intelectual que a los dones excelsos de su espíritu agrega como suprema culminación la entera dignidad de ser un hombre.

Es un intelectual de cuya amistad no podemos ruborizarnos. Porque junto al poeta encontraremos al maestro. Porque junto al pensador, animando las abstracciones más recónditas, hallaremos al hombre que, por sobre todas las cosas de la vida ha abrazado la ingrata, la áspera, la dura profesión de gritar la verdad aunque se rompa el alma.

Su gloria mayor sería ser llamado—como aquí lo llamaremos nosotros—el hombre Miguel de Unamuno. Para hablar dignamente de él quisiera comunicaros algo de la caliente vibración humana de que toda su obra fluye como el rumor de la cascada ferviente. Porque este hombre es poeta hasta cuando hace filología.

Si con criterio de preceptistas literarios quisiéramos encasillarlo dentro de una clasificación veríamos como este hombre todo vitalidad y contradicción no encajaría en ninguna definición dogmática, rebasaría de cualesquiera pedagógico sistema.

Porque ¿qué es don Miguel de Unamuno, qué representa en el actual panorama de la literatura española? ¿Es poeta, es novelista, es ensayista, es periodista, es dramaturgo, es filósofo? Es todas esas cosas y además y ante todo un hombre lleno de congoja mística, un hombre que siente en su intimidad la tragedia civil de su patria, un hombre que no se resigna a morir, un alma llena de sed de eternidad, de hambre de inmortalidad.

Por eso este varón admirable que tanto desesperará a los profesores y profesionales de clasificaciones es para mí un maestro único, un inquietador de conciencias, un animador de voluntades, el más formidable agitador que han conocido las juventudes de España y América. Invencible ha sido su prédica incesante por el ideal, así, a secas, sin adjetivo. El ideal que sea capaz de llenar de elevación y dignidad la vida. Puede ser la conquista del sepulcro de don Quijote o la beatificación combatiente de Sancho quijotizado por la locura inmortal de su maestro.

Porque Unamuno, peregrino en todo, no pretende hacer discípulos ni secuaces de sus ideas. Lo que le interesa es conmover la conciencia de quien le

lee, remecerle hasta las entrañas del alma, ser un hombre en actitud de diálogo ante otro hombre y—aunque este diálogo se transforme a menudo en polémica—provocar en él la llamarada entusiasta con que se anuncia el nacimiento de una nueva idea o un nuevo sentimiento.

Y ahora, a los setenta y cinco años de edad, no abandona esa actitud inicial de su juventud cuando, muchacho desconocido, hacía en Madrid oposiciones a las cátedras de griego, latín, metafísica y psicología. A los setenta años de edad, desposeído de su cátedra de griego de la Universidad de Salamanca, padre de nueve hijos y autor de veinticinco libros, partía al destierro a la isla hispano-africana de Fuerte Ventura gritando a los cuatro vientos su fe irreducible en el triunfo de la justicia. Admirable ejemplo el de este viejo joven para un país como el nuestro lleno de jóvenes viejos.

Fugado cinematográficamente de Fuerte Ventura después de negarse en forma viril a aceptar el indulto regio vive algún tiempo en París hasta que, ávido de soledad y de España, se marcha a Hendaya, pueblo vasco de la frontera franco-española. En este destierro fecundo ha publicado *La agonía del cristianismo*, en la traducción francesa de Jean Cassou; *De Fuerte Ventura a París*, sonetos líricos y comentarios políticos; *Romancero del Destierro*, poemas; *Cómo se hace una novela*, libro extraño y desconcertante que tiene de la novela, del ensayo filosófico y la diatriba política. Como todo lo de Unamuno hirviente de pasión y digno y entero en su emoción liberal.

Me duele España, decía Unamuno en la carta histórica que lo arrancó de su cátedra y de su patria y nunca una frase ha dicho en menos palabras una verdad más profunda. Toda la obra de Unamuno en el último tiempo es la tragedia de un español que ardiendo de profético anhelo clama en el desierto sus trenos de fuego. Con frase grata a su corazón diremos que es un español agónico que no quiere morir. Están en Hendaya junto a su espíritu egregio la dignidad civil y la tradición cultural de España. En él España agoniza. Pero él, en un anhelo de superación suprema, lanza su grito a la eternidad, su grito que es la afirmación española en medio de la noche triste de su pueblo acribillado por todos los dolores.

Otros intelectuales, olvidados acaso de su responsabilidad histórica o seducidos por el fácil canto de sirena de la nueva situación, no vacilaron desde el primer momento en transformarse en edecanes y voceros de la dictadura. En medio del silencio que consume la vida española la voz de Unamuno es la única que resuena con una dramática entonación en la yerma soledad de la llanura castellana. Puro como un asceta, hombre severo con todos porque comenzó siendo severo consigo mismo, abre la boca para decir las grandes verdades que no puede pronunciar su pueblo amordazado.

Voy a leerlos el poema doloroso y fuerte con que Unamuno abre su *Ro-*

mancero del Destierro. (*) No sabemos si admirar más en él el dolor contenido y enérgico—dolor de hombre—o el tono alto y tenso con que dice sus palabras—palabras de poeta.

Pero antes quiero evocar fragmentariamente y ajustándome a los minutos de que dispongo dos grandes poemas que figuran en las antologías de la poesía española y que por su entonación elevada y austera son los antecedentes líricos y humanos del poema de Unamuno que, como un fuerte salmo religioso y un desnudo documento de la época, habrá de figurar con honor en las antologías del porvenir.

Son para mi un antecedente preciso de la poesía unamunesca—eliminando desde luego toda pueril y mezquina suposición de influencia literaria—los sobrios y heroicos tercetos de la *Epístola moral* en que un gran poeta desconocido, que era también todo un hombre, trazó un código a la dignidad española.

Acaso sin comprenderlo, todos hemos estudiado en las humanidades ese recio poema que hubiera firmado con legítimo orgullo un hombre de la antigüedad clásica.

Dice al comienzo:

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
elija en sus intentos temeroso,
primero estar suspenso que caído.

Que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

He aquí la gran enseñanza que este rudo varón nos consagra y que yo quisiera grabar a fuego en el corazón de la juventud de Chile: «que el corazón entero y generoso—al caso adverso inclinará la frente—antes que la rodilla al poderoso». Hoy más que nunca hay que insistir en esta prédica de hombría y plenitud moral. Un sombrío servilismo ha corroído los caracteres que parecían más firmes y agoreros profetas predicaban, entre acongojados y plácidos, la decadencia de la cultura. Los hombres se olvidaron de ser hombres y cuando se dieron cuenta de que por su culpa su interior morada había caído rendida al paso arrollador de hostiles enemigos empezaron a dar al viento sus impotentes e inconsolables lamentaciones proclamando la bancarrota de todos los valores

(*) Este comentario y las citas de páginas que en él se hacen se refieren al libro de Unamuno *Romancero del Destierro*, Editorial Alba, Buenos Aires, 1928.

y la entrega del alma a la indolente vida frívola. Mentira. Fueron esos hombres los que fracasaron y, cobardes para asumir la responsabilidad de su fracaso, culpan a los ideales, a los ideales que olvidaron y que debieron enarbolar como banderas para no caer en la negra sima sin esperanza.

Al virtuoso todo sacrificio y toda templanza parecen leves ofrendas al superior concepto que de la virtud tiene. Al revés de quien culpa a la virtud de su fracaso, el virtuoso piensa siempre que no ha entregado a su ideal toda la generosa inquietud de su vida. Lo dice en sus tercetos de hierro el anónimo autor de la *Epístola moral*:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al simple y al discreto,
y algún manjar común honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto
que ponga la virtud en ejercicio:
que aún esto fué difícil a Epiteto.

Es la tradición austera de España, país de grandes místicos y grandes capitanes, rudos varones iluminados por una pasión con la que atravesaban la vida llenándola de canciones y de hazañas.

El otro ejemplo que quiero recordar es el de don Francisco Quevedo y Villegas, personaje de fama equívoca y calumniada memoria, pero que, en los difíciles trances de que su vida está sembrada, supo ser siempre un hombre.

Padeció persecución de justicia, estuvo cuatro años preso en San Marcos de León y viejo se retiró a la Torre de Juan Abad lleno de dolor pero sin sentir humillada su fiera y altiva conciencia de español.

Decía don Francisco de Quevedo y Villegas en su *Epístola* al Conde Duque de Olivares:

No he de callar, por más que con el dedo
ya tocando la boca, o ya la frente
silencio avises o amanece miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy sin miedo que libre escandalice
puede hablar el ingenio asegurado
de que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado.
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
que es lengua la verdad de Dios severo
y la lengua de Dios nunca fué muda.

¿A qué seguir citando esta admirable epístola, heroica lección de varonía que acaso sin comprenderla hemos estudiado en las humanidades? He insistido

dos veces en el *Acaso sin comprender* e insistiría otras tantas cuantas citara textos clásicos. Ha sido una de las desgracias de nuestra enseñanza el que la lectura de los clásicos, que son la tradición viviente de la cultura de la raza, fuera una triste tarea mecánica, cumplida sin entusiasmo y amor en el estudio de las humanidades. Estas esencias de virilidad de que los versos que en breves fragmentos he recordado están henchidos no alcanzan a incorporarse y hacerse sangre del alma del adolescente que estudia. Los más inteligentes creen que se trata de simples rellenos reglamentariamente elegidos por el profesor para completar la materia del año.

Si el profesor no vibra con estas cosas, ¿por qué hemos de entusiasmarlos nosotros?, piensan los muchachos.

Si logramos cultivar esta amistad que tras largo e involuntario paréntesis iniciamos de nuevo, si ningún golpe fatal interrumpe este diálogo que me rejuvenece y reconforta, he de intentar algún día con vosotros, una revisión de los clásicos que cuando estudiábamos eran para nosotros fuente inagotable de aburrimiento y que, ahora, entregados a la jubilosa tarea de descubrirlos, son refugio en la soledad, consuelo en la esperanza, tónico moral en el abatimiento.

Aunque he afirmado en alguna ocasión que Unamuno, por el culto desenfrenado que rinde a la pasión a lo largo de toda su obra literaria, es un romántico, las páginas que ahora voy a leer, preludio de su *Romancero del Destierro*, tienen la pura y clara elevación de las más nobles páginas clásicas.

(Págs. 11-14)

Para mí estos versos son la rima perfecta entre el poeta lleno de congoja mística y el hombre que ha elevado a un plano religioso la emoción civil. Único entre los poetas de España, Unamuno recoge en su canto el dolor de una época menguada y triste, enferma de pusilaminidad, huérfana de heroísmo.

Desde Hendaya canta a la España que le duele en el corazón:

(Págs. 29-30)

Y en París, en una noche de congoja:

(Págs. 15-17)

Y un día escribe en el tren mirando el paisaje de Hendaya a Biarritz donde iba a ver al Conde de Keyserling:

(Pág. 49)

Un día Fernandito, el hijo de Eduardo Ortega y Gasset, amigo y compañero de destierro de Unamuno, pregunta al poeta: «Y el pájaro, ¿habla?» El pájaro era una de las innumerables pajaritas de papel que Unamuno hace para distraer sus febriles manos sin descanso. Unamuno escribe:

(Págs. 93-94).

Otro día Unamuno recuerda una canción de rueda que escuchó en infancia y que dice:

2	y	2	son	4
4	y	2	son	6
6	y	2	son	8
	y	8		16
	y	8		24
	y	8		32

ánimas benditas,
me arrodillo yo!

Y el anciano glorioso con el recuerdo del canto de niños, escribe:

(Págs. 85-86).

Con sus setenta y cinco años, en los que el sufrimiento ha hincado la garra, no pierde su alegría de niño, su acometividad de joven, su entereza de hombre. Cuando le preguntan si por qué no regresa a España dice que lo hará cuando caiga la dictadura. Debo vivir noventa años, afirma, y eso no puede durar tanto. Y habla de las obras que está escribiendo en su retiro vasco de Hendaya. Abarca, como siempre, todas las provincias de la creación literaria: drama, poesía, ensayo filosófico, novela. Azorin, que ha escuchado la lectura de esas obras, dice que ellas afirman la personalidad del maestro Unamuno como la del más grande escritor de Europa contemporánea. Juicio que ya había formulado don Jacinto Benavente, que no conoce la nueva producción del autor de *El sentimiento trágico*.

Oigamos al mismo Unamuno que cuenta su vida a Soiza Reilly, periodista argentino que fué a visitarlo:—Aquí en la soledad yo me siento más mío. Prefiero quedarme. Después de almorzar juego mi partida de mus con tres de mis mejores amigos de Hendaya: un comerciante en ropas de mujer, un vendedor de artículos de caucho y un señor carnicero. Me place el carnicero, pues, a pesar de que nunca jugamos por plata, pone en el juego todas sus pasiones.

¡Ese carnicero juega con el alma! Para mí la pasión debe ser el eje del espíritu. Apasionarse es tener derecho a vivir en la vida. Lo demás es digerir la vida sin soñarla.

En esas palabras sencillas está todo Unamuno, fuerte, romántico, apasionado, indómito, dispuesto a dejarse morir defendiendo las ideas que son la sangre de su espíritu.

Dice acerca de los ironistas y la ironía:—¡Ese sí que era (Eça de Queirós) el más grande ironista contemporáneo! Anatole France, en cambio, no me ha gustado nunca con su ironía afeminada, dañina, estéril, que destruye sin edificar.

Alguien cree poder destruir la maldad con la ironía. ¡Ingenuo! ¿Vencer con cosquillas a un perisodáctilo?

Lee enseguida en una libreta de versos inéditos:

¡Ironía! ¡Ironía! ¿Hacer cosquillas
al rinoceronte
para sacarle así de sus casillas
y se remonte?
Se hicieron cazadores de conceptos
los hijos del linaje de Nemrod:
ya no han caza y se dan con sus adeptos
—equipo aristotélico—al *footgod*.

Soiza Reilly lo ha invitado a comer, después de doce horas de charla, o más bien de monólogo del gran vasco, que ha conversado todo un libro inédito de su obra volcánica. Y he aquí como el cronista argentino relata la despedida:

«De improviso resuelve marcharse. Saca de su bolsillo su gorra de vasco. Es como un solideo.

—¿Olvidó su abrigo, don Miguel?

Las señoritas de Rega Molina le ofrecen un poncho. Se detiene en la escalera para agradecerlo, hablando desde abajo:

No. ¡Gracias! No he traído el gabán por una razón muy sencilla: porque no lo tengo. El último que tuve no lo usaba nunca. Me molestaba. Y mi mujer, viendo que el gabán envejecía en el armario, lo achicó para uno de mis hijos. ¡Hace ya mucho tiempo!

Desciende por la escalera con la ligereza ruidosa de un muchacho. Una vez abajo en el *hall*, se vuelve para preguntar con voz potente:

—¿Les ha gustado España, señoritas?

Y cuando todas las criollas, en coro, le responden con un grito sonoro y canoro de *¡Viva España!*, el glorioso maestro se quita la gorra y se enjuga los ojos. Lloro el viejo león, agradecido. (Mi hijita baja, entonces, corriendo y le da un beso en nombre de todas las almas de América que adoran a España.)»

Pero estas divagaciones anecdóticas nos han alejado del *Romancero del Destierro* del que os he leído algunos trozos sin haber llegado al núcleo del libro: a los romances. Dejo el libro en vuestra Biblioteca para que quien lo desee se interne en ellos y conozca toda su desolación y su amargura. Es el grito más áspero y bronco que la dictadura española ha arrancado a conciencia de hombre. España es la herida que desgarró este corazón atormentado que solo e incansable clama en el desierto gritando el dolor y la vergüenza y la ignominia.

Hay en Hendaya unos milenarios y profundos subterráneos que unen la tierra francesa con la española. Unamuno que a los setenta y cinco años no usa abrigo sale en las mañanas con sus pasos de muchacho o de pastor vasco a devorar kilómetros y kilómetros. Andando va construyendo el monólogo desesperado y trágico que es toda su obra. A veces se hunde en el subterráneo y cruza bajo tierra la frontera española donde los guardas no pueden importunarlo ni perseguirlo. Entonces, lleno de dramática emoción, grita como un iluminado:

—¡Mi España!

No vacila la fe del hombre Unamuno. El sufrimiento lo purifica como el fuego a los nobles metales. Su espina dorsal de bronce canta pero no se quiebra al golpe de la desgracia. («Que el corazón entero y generoso—al caso adverso inclinará la frente—antes que la rodilla al poderoso»).

¡Solo, conciencia intacta de la raza, engrandecida en la soledad y el silencio de la noche triste, don Miguel de Unamuno defiende el sepulcro de Nuestro Señor don Quijote contra la profanación de duques y bachilleres, curas y barberos!

R O B E R T O M E Z A F U E N T E S

COMPañERO: no nos felicite; compre
“**MÁSTIL**”, léalo y no lo preste; es la
única lealtad que le pedimos. Además si pue-
de, colabore y coopere. Gracias.

P O E M A N Ú M E R O Q U I N C E

Este color amarillo de la noche mal cuajada
detrás de los vidrios duros.

Ese rostro de las lámparas de invierno:

alta y fría flor sin alma

de la noche esmerilada.

Collares de pasos negros

tendidos por las espaldas.

Por la escala de los ecos,

la cascada de las sombras.

Y esa mano, toda huesos,

que se esconde en los relojes

y desrosa las campanas y los tibios carillo-

[nes.

Su cara de pensamiento

de gato de los jardines.

¿Quien?

Ese color amarillo de la noche mal cuajada.

L O N D R E S

Lumbre, fuente de cristal

de los inviernos del campo.

La brisa, tierno cordero,

viene rizada del prado

y bala llamando el sueño

que se nos cae de las manos,

¿Qué fruta o sol se desdobra

en dos emisferios claros?

Siempre hay un eco que vuelve

con su mitad de la mano.

¡Tantas flores como había!

Ni una nos sacrificamos,

Toda la noche las oigo danzar

un sueño de sobresaltos

que la brisa, fiel correo,

me trae noticias de Mayo,

billetes de buen olor,

amargo sin ser amargo.

PLUMAS femeninas

INVITACIÓN



Con este número de MÁSTIL, se abre la Sección Femenina, en la cual, como en una rama florida de idealismo, se posarán el pensamiento y el corazón de *ellas*.

Hago los más sinceros votos, porque se coopere ampliamente, sin distinción de escuelas, en esta sección, con cuya responsabilidad se me honra.

Invito a todas las Universidades Latino-Americanas y a toda la juventud femenina de esta ciudad, a contribuir en esta obra de manifestación espiritual. Traducción de la mujer que se levanta sobre los escombros de un silencioso pasado...

Hasta hoy, la Universidad presenció la inmota actitud del alma femenina que cruzó por sus aulas.

Ha llegado el día del despertar, con una canción en los labios y un rayo de luz en la frente. No es éste, un despertar combativo, sino dilucidador. No haremos una obra destructiva, sino por el contrario, nuestros aportes de calor incrementarán las llamas de verdad e idealismo.



Ud., que lee estas líneas, si en realidad tiene confianza en sí y quiere oír la voz de este llamado, traduzca sus impresiones, modele sus ideas y vácielas, ampliamente, en el ánfora del anhelo que la espera a Ud., en especial a Ud., que es joven y tiene aspiraciones.

¡Ojalá este llamado no se infiltre en los diferentes matices de la indiferencia, como lo hace el viento entre las arenas del desierto!

¡Ojalá, sea, precisamente, el alma femenina de la Universidad, la que de una primera respuesta al llamado de la aspiración!

M .M. B. B.

Nota.—Las colaboraciones deben enviarse a Magdalena Bert (S. F.) Casilla 58-D Santiago, dentro del término de las dos semanas que siguen a la aparición de «Mástil».

F E M I N I S M O

Generalmente la corriente feminista es acogida con una ironía justa por nuestro elemento masculino. Y es porque la evidencia de un fruto por cosecharse, está por sobre las nubes de la desorganización y aun más allá del astro confidente de romanticismos. Hombres y mujeres hemos forjado en nuestra mente, un arquetipo de esa desgraciada ola que pareció desprendida de un mar extraño y absurdo: la mujer de «armas tomar» cuello de goma, corbata mariposa, vestón y chambergo... medias cuadrículadas, etc. La vemos, disminuídas sus pupilas bajo dos lunas mayúsculas, escudriñar, en el bosquejo de un pensamiento traducido en el artículo que se le antoja retarla a lucha roja, el acento, la tilde o el punto, base de su disertación por germinarse.

El muchacho que se precia de observador, levanta, suavemente, junto con su labio superior, la parte izquierda de su bigotito a lo Ronald Colman y, convencido de su

recta psicología, enciende un cigarrillo y gira sobre sus talones hacia la izquierda, cediendo la derecha a las pupilas disminuídas, bajo los reflectores móviles...

¡Aberración de la naturaleza!

¡Y creen esos seres, ser un contingente de salvamento, constituyendo, en realidad, el polo negativo, en el progreso de la mujer chilena!

El feminismo, como lo entendemos hoy, no es una tendencia a la neutralización, ¡ya que no a otro estado había de arribarse!, sino el esfuerzo de perfeccionar nuestra alma de mujer, embellecerla, haciéndola más femenina, en el sentido de mejorar nuestra condición, no por medio de un cerrajamiento de puertas, sino por la expresión exacta de la integridad espiritual!

¡Feminismo es molde en que ha de vaciarse el alma femenina... muy femenina, decididamente femenina!

DAPSINA F. F.

E S O

Saberme fuerte
y sana
como una mañana
de primavera
¡y no tenerle miedo a la muerte!

Saber que voy triunfando
con sólo caminar, por la avenida
de mi vida
y que puedo amar...
el pecho como henchido por la brisa del
[inar.

¡inmensamente! Hasta morir,
cual olita, sobre la playa blanca
de todo pensamiento...

Pasar, entre los seres,
cual luminaria que huye...
Y ser la sola dueña
de todo lo que ansía
de suyo, el alma mía...

A

M

I

N

Y

A

Cual nave salvadora
que en puerto del recuerdo
supo extender su vela,
dejar tras mí la estela...

Y andar...
andar sin rumbo
cruzando los caminos...
¡ser ave en los espacios de todos los des-
[tino!

Y ver las armonías,
sobre mis labios rojos, de una canción de
[amor,

que sea en la jornada
mi nota de dulzor...

Saberme fuerte...
pasar serena...
¡dejar la estela del recuerdo...
y andar...
andar por todos los caminos!...
¡Eso quisiera siempre!...

DEPORTES



Andinismo

He aquí un deporte sano, agradable y fácil. No se requieren para practicarlo músculos descomunales, ni quijadas de burro. Basta tan solo con un poquito de entusiasmo.

Es curioso que en un país como el nuestro, rodeado de cordilleras por todas partes, recién empiece a desarrollarse este verdadero sistema de gimnasia. Porque en realidad no es un deporte determinado, sino un conjunto de ejercicios que se hacen inconscientemente y con el placer, en forma de juego.

El andinista respira buen aire, salta, corre, grita, trepa, baja y además, se cae. El andinismo robustece todo organismo: los pulmones, la garganta, el corazón, (sobre todo si se lleva una compañía de viaje apropiada), las piernas, los brazos y los huesos, siempre que no se los quiebre.

Es de desear que en nuestra escuela se organice un Club Andino, para reunir ele-

mentos y materiales con el objeto de poder realizar excursiones más largas y más andinas, que las que se hacen actualmente. Estos no son apenas más que simples paseos, cuya utilidad y provecho son indiscutibles. Dejamos a la iniciativa del activo director de Andinismo, Don Ramón Astorga, la realización, si ella es posible, de esta idea.

Así se podrían hacer concursos de Sky, de trineos, campamentos, etc. y quizás al fin nos pondríamos completamente rusos.

Tarde o temprano, el andinismo será en Chile lo que el Alpinismo en Suiza: un deporte completo, magnífico y artístico.

G U Y

Atletismo

Esta rama de nuestro Centro Deportivo no permanece inactiva. En efecto, sabemos que se prepara un campeonato entre las facultades de Derecho de la Universidad de Chile y de la Católica.

Habrán pruebas de carreras, (100, 400, y 1500 metros planos), salto alto y largo, bala, postas, etc.

Ecós del campeonato universitario de esgrima

Las pruebas de Esgrima fueron unas de las que juntaron mayor cantidad de público durante los Segundos Juegos Deportivos Universitario que acaba de realizarse. Tanto el local en que se efectuaron los combates como el interés siempre creciente que despierta este deporte, fueron las causas de esta concurrencia, entre la que no faltaron las damas y señoritas, que con su simpatía alentaban a sus campeones favoritos.

En todas las competencias por equipos, triunfó en forma clara y amplia la Universidad de Chile, y nosotros los estudiantes de Derecho debemos estar doblemente satisfechos de estos brillantes triunfos, puesto que nuestros equipos fueron totalmente compuestos por leguleyos. Es un motivo más de orgullo para el Club de Esgrima y su Maestro Lavanderos haber afrontado la responsabilidad de representar a toda la Universidad, por segunda vez. Basta saber los nombres de los que actuaron para convencerse de la veracidad de lo que decimos: Manuel Lagos, Guy de Moras, Ramón Astorga, René Court, Hernán Ciudad, Soli Friedenthal, Pablo Rivas, Hugo Bustos, Fernando Yávar, Raúl Torrealba, Omar Fuellealba, Ramón Latapiat, etc. Todos son nombres que figuran en las listas de nuestra Escuela de Ciencias Sociales y Jurídicas.

Y no es que en las otras facultades falten los esgrimistas: La Escuela de Ingeniería tiene un curso bastante numeroso, a las órdenes del Maestro Fontalba, los que no se presentaron debido a que son muy novicios para participar en campeonatos. En la Escuela de Dentística sabemos que hay otro otro curso. En la de Medicina hay algunos que trabajan con distintos maestros, de los cuales ha participado en las pruebas individuales de sable y florete el Sr. Rivera.

El triunfo de nuestros muchachos, debido exclusivamente a su entusiasmo y a la dedicación del Maestro Sr. Idilio Lavanderos, fué obtenido en la siguiente forma:

Florete por Equipos: Ganó la Universidad de Chile por nueve asaltos contra siete.

Sable por equipos: Ganó la Universidad de Chile por diez asaltos contra seis.

Espada por Equipos: Ganó la Universidad de Chile por diez asaltos contra seis.

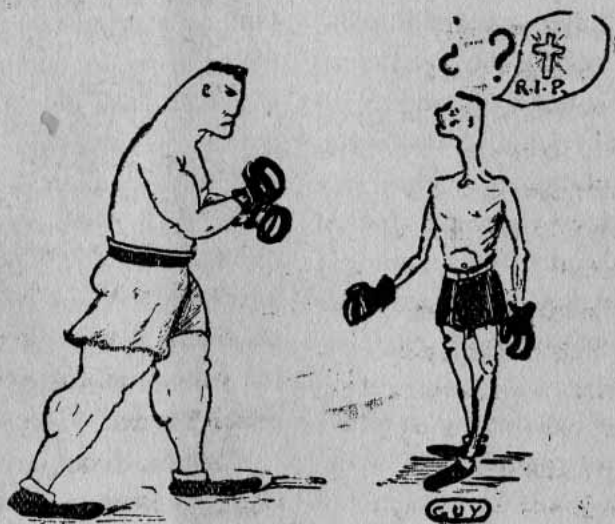
Los componentes de los equipos fueron:

FLORETE:

Ramón Astorga, Soli Friedenthal, Omar Fuentealba y Guy de Moras.

SABLE:

Hugo Bustos, René Court, Pablo Rivas y Fernando Yávar.



ESPADA:

Ramón Astorga, Soli Friedenthal, Manuel Lagos y Guy de Moras.

Vayan pues, nuestras más calurosas felicitaciones a los muchachos, que, con entusiasmo y caballerosidad supieron vencer a sus adversarios no menos caballerosos, y vayan nuestras felicitaciones tam-

bién al Maestro de Armas del Club, señor Idilio Lavanderos, que es el verdadero padre de nuestros esgrimistas, habiéndoles inculcado, junto con los principios del arte de las armas, la elegancia y gentileza que han sido la característica de nuestros equipos. También manifestaremos nuestros agradecimientos a los Maestros Fontalba y Ulloa, que ayudaron a los muchachos con su ciencia y afecto.

Obras de Derecho

Código de Procedimiento Civil.

Edición oficial reformada 10.—

Robesto Espinosa.—El futuro patrón de los precios 15.—

Valentín Letelier.—Dictámenes 15.—

Franklin Otero.—Concordancias y jurisprudencia del Código de Procedimiento Civil, 6 tomos 137.—

Francisco Javier Fernández.—Código Penal comentado, anotado y concordado, 2 tomos 10.—

Alberto Herrera Arrau.—Procedimientos judiciales establecidos por la nueva ordenanza de aduanas 2.—

Osvaldo Labarca.—Apuntes a la ley de organización y atribuciones de los tribunales tomados en clase de don Miguel Luis Valdés: Rústica 3.50

Santiago Lazo.—Curso de derecho romano: Rústica 20.—
Pasta 25.—

Carlos Marcoleta Aránguiz.—Ley de organización y atribuciones de los tribunales 10.—

Carlos Marín Vicuña.—Síntesis del derecho usual de Chile 6.—

Francisco Pinto.—Recopilación de formularios. Pasta 20.—

Oscar Pinochet C.—Asignaciones fozosas 15.—

Silva Lastra y García Burr.—Historia general del derecho 5.—

S. Solar Reyes.—Resumen de Derecho civil, 1.er año 4.—

Raúl Simón.—Curso de Economía Política. Tomo I 20.—

Alfredo Aldunate.—Régimen legal de las sociedades en Chile, 2.^a edición 15.—

Rafael Veloso Chávez.—Organización judicial y competencia 12.—
Manual del Juicio Ejecutivo 15.—
Nuestro Procedimiento Penal 10.—

Librería y Editorial Nascimento

AHUMADA 125 :: CASILLA 2298

Librería
Barcelona-Santiago

SALVAT

LIBRERIA ZAMORANO Y CAPERAN

Compañía 1015-1019 - Santiago - Casilla 362 Tel. Auto. 80728

OBRAS NACIONALES IMPORTANTES

ANGUITA.—«Leyes promulgadas en Chile» desde 1810 hasta Junio 1913, 5 vols.		D. RIQUELME.—Incendio de la Compañía	5.—
LIZANA BARROS. — Consideraciones sobrela Psiquiatria	30.—	ESPEJO.—Relaciones de Méritos y servicios de funcionarios del Reino de Chile	20.—
BARCELÓ LIRA.—Prontuario del Juicio de Quiebra	4.—	ESPEJO.—Nobiliario de la Antigua Capitanía General de Chile, 2.º t.	50.—
F. PINTO S.—Del arrendamiento	8.—	CUADRA.—Familias coloniales de Santiago	15.—
POBLETE.—Tratado de Hacienda Pública	12.—	CUADRA.—Familias coloniales, t. III	12.—
«Código de Comercio», tela	10.—	CUADRA.—Doscientas familias chilenas, 2.ª edición	—
«Código de Procedimiento Penal», tela	5.—	MÁRQUEZ DE LA PLATA.—Arqueología Nobiliaria, III	50.—
«Código de Procedimiento Civil», tela	5.—	J. AMESTI C.—Las Casas Troncales de Colchagua, Santiago 1926. Orígenes de 262 familias con citaciones de innumerables otras consanguíneas, rústica \$ 35, pasta	50.—
TAGLE.—Legislación de Minas, Historia de las principales legislaciones de Europa y América, 3 vols	50.—	J. MUJICA.—Nobleza Colonial de Chile, Santiago 1927. Magnífica obra genealógica con 32 preciosos escudos de armas en colores a toda página, de las principales familias	100.—
TAGLE.—Código de Minería Comentado y Concordado con las últimas Legislaciones Boliviana, Peruana, Argentina, etc., grueso volumen en rico papel	20.—	D. LIZANA.—Cómo se canta la poesía popular	2.—
F. OTERO E.—Jurisprudencia del Código Civil Chileno, 5 tomos, c/u	40.—	PEDRO RECIO.—Sancho en el cielo	2.—
A. DEL VALLE.—Ley Orgánica, t. \$ 6, rust.	4.50	PEDRO RECIO.—Los Nichos de Providencia	8.—
SILVA BASCUÑÁN.—La Partición de bienes, 2.ª edición, pasta \$ 18, rust.	12.—	PAPINI.—Historia de Cristo, p. \$ 12.50 rústica	7.50
MORENO.—Historia militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820	6.—	RESTAT.—Dios, 2 vols. 4.ª edic. 1926	10.—
G. BULNES.—Historia de la Expedición Libertadora del Perú, 2 vols., pasta	35.—	J. PRIETO.—Un muerto de mal criterio	6.—
G. BULNES.—Guerra del Pacífico, t. II y III (último) c/u	15.—	CLUB DE SEÑORAS.—Conferencias	10.—
CRESCENTE ERRÁZURIZ.—Historia de Chile, 10 vols., pasta	s/p	SANTIAGO CRUZ GUZMÁN.—Impresiones de viaje, bello vol. ilustrado	15.—
SALLUSTI.—Historia de las Misiones Apostólicas de Mons. Mussien Chile	10.—	P. N. CRUZ.—Literatura Chilena	10.—
VIDAL GORMAZ.—Naufragios ocurridos en las costas chilenas	15.—	P. N. CRUZ.—Pláticas Literarias	8.—
V. MACKENNA.—Diego de Almagro	6.—	JUAN AGUSTÍN BARRIGA.—Discursos Literarios y notas críticas	5.—
V. MACKENNA.—La Batalla de Maipú	2.—	R. PERAGALLO.—Iglesia y Estado, grueso volumen	3.50
V. MACKENNA.—Las dos Esmeraldas	20.—	A. MARTÍNEZ M.—Mármol, poesías	6.—
D. RIQUELME.—La revolución del 51	3.50	E. MUÑOZ DONOSO.—La Colombia	5.—
		F. A. CONCHA C.—Al vivir, poesías	5.—